

LUIS A. MACHADO



*Una
nueva
Generación*

SIGUEME

LUIS ALBERTO MACHADO

UNA NUEVA
GENERACION

A S. S. Pablo VI,
en cuyo magisterio he aprendido
a amar al siglo XX.

INDICE

1.	La nueva era	11
2.	El Siglo del Cristianismo.....	21
3.	Valores de nuestro tiempo.....	35
4.	Los orígenes del progreso.....	43
5.	Tradición y actualidad.....	59
6.	Constructores del mundo nuevo..	73
7.	El optimismo de la fe.....	79
8.	La vocación personal.....	87
9.	Las armas de la luz.....	99
10.	La gran empresa.....	111

I

LA NUEVA ERA

El mundo está en crisis. ¡Optimismo! ¡Esperanza!
Es la concepción materialista de la vida que salta hecha pedazos.

Como protagonistas, estamos viviendo en uno de los momentos más grandes de la historia.

Un mundo finaliza.

Y otro está por empezar.

El momento presente es decisivo; de manera ineludible estamos abocados a un cambio.

Un período está terminando.

Los modos de vida se encuentran en plena transformación.

Los sistemas se rompen.

Las estructuras se modifican.

*

Nunca antes se experimentó un tránsito más difícil entre un pasado, que ya fue, y un futuro que ya comienza a ser actual.

Día tras día presenciamos hechos que deciden el desarrollo, de la humanidad. Mas los acontecimientos se suceden con tal prontitud que el hombre contemporáneo se encuentra inmerso en un continuo proceso de adaptación.

Conmovido y desconcertado a la vez, permanece a la espera de lo que puede suceder.

El hombre contemporáneo está perdiendo paulatinamente la confianza en sí mismo como ser autónomo y autosuficiente.

Solo no se basta para resolver las cuestiones fundamentales de la existencia.

Y le teme a la misma ciencia, en la cual, con exclusividad, había puesto toda su confianza.

Los hombres enmarcados dentro de la concepción propia del siglo XIX veían sólo en el progreso la solución de los problemas de la humanidad.

Pero ya no se experimenta la misma seguridad ante éste, concebido entonces como inalterable y autosuficiente

Y se cuestiona su misma bondad para poder satisfacer todo lo que se le había exigido.

Confianza únicamente en sus propias fuerzas, el hombre se lanzó, con desenfrenado optimismo, en el torrente del progreso, en la búsqueda de bonanza y bienestar.

Y como no pudo saciar así su natural inclinación hacia la felicidad, llegó a pensar que la consecución de la misma ya no le era posible.

*

En la actualidad, una inquietud progresiva invade todos los ámbitos de la vida mundial.

La problemática del mundo mantiene expectante el ánimo de los pueblos.

Una conciencia de crisis brota por doquier.

El presente es, en realidad, un momento de crisis, es decir, de tránsito.

Crisis social.

Crisis política.

Crisis económica.

Crisis cultural.

La crisis de nuestro tiempo abarca toda la circunferencia de la actividad humana.

Los mitos van cayendo uno a uno: el materialismo ha fracasado.

La situación actual, en lo que ella tiene de negativo, es el resultado de un proceso que se inició hace muchos años.

Es el fruto de la semilla del materialismo sembrada en escuelas, liceos y universidades; en el seno de las familias y en la plaza pública; en sindicatos y en juntas directivas de compañías anónimas; en libros y en periódicos; en chozas humildes y en grandes palacios ...

Ahora estamos recogiendo la cosecha: eso es todo.

Y ésta es tan amarga que ella misma representa una sentencia condenatoria y, por otra parte, la mayor apología que pueda presentarse a favor de los valores del espíritu.

¡Qué mayor propaganda para éstos que el fracaso estrepitoso de las fórmulas que se concibieron en su contra!

Seres humanos pensativos en la incertidumbre, escépticos, agotados por el cansancio ...

«Ideales» rotos; «slogans» destrozados ... Los que creyeron en la concepción materialista de la vida como fuente de la felicidad personal pregonan una .supuesta decadencia.

Y, ciertamente, desde ese punto de vista la decadencia existe.

Pero, ¡no nos dejemos arrastrar!

Desde nuestra atalaya se divisa una perspectiva en franco ascenso.

La crisis actual es una crisis de alumbramiento.

Son las contracciones del parto de un mundo que nace.

El descalabro actual es el descalabro del materialismo.

Decadencia de Occidente: ¡falso!

Lo que está en decadencia son las ideas que conformaron el auge del materialismo.

Y nada más.

*

La sociedad moderna cifra gran parte de su ambición y vitalidad en el conocimiento y en el dominio de la naturaleza. Y esto es bueno y necesario.

Una de las características fundamentales del mundo de hoy radica en el progreso técnico, el cual se ha realizado, no por el materialismo, sino a pesar de él.

Como cristianos debemos estar en contra de la concepción materialista del progreso y, a

la vez, legítimamente orgullosos del progreso que distingue a la sociedad contemporánea.

En ninguna otra época de la historia el hombre ha tenido más facilidades que en la presente para hacer el bien, propagar la belleza y difundir la verdad.

¿Que hay que subordinar el progreso a los valores humanos? Esta es, justamente, la tarea del presente.

En el siglo XX se han realizado hazañas, inimaginables en el pasado, que abren ante nuestra vista un panorama de ilimitadas perspectivas.

Basta pensar en las posibilidades de la ciencia química;
en la tecnificación de la agricultura;
en la ampliación de la energía nuclear para fines pacíficos;
en la automación;
en la extensión de la sanidad y de la higiene;
en los actuales medios de transporte;
en la fotografía y en el fonógrafo;
en la televisión, en el cine y en la radio;
en las realizaciones interplanetarias;
en...

«La vida material, aun en medio de tantas tristezas y miserias, se mueve siempre hacia un mayor y más amplio bienestar» (Pío XII).

Los medios de transporte y los instrumentos de comunicación de que dispone el hombre en la actualidad contribuyen a desarrollar la comprensión y la fraternidad entre los pueblos. De hecho, ya han sido factor de mutua colabo-

ración en el camino hacia una humanidad unificada.

Asimismo, el progreso intelectual de la humanidad y la ampliación de la cultura facilitan el acercamiento de los hombres a los valores del espíritu.

La ciencia, fuente de bien para la humanidad, ha creado condiciones que ayudan a la expansión de esos valores.

La materia contribuye más al desarrollo espiritual si se encuentra perfeccionada a través del progreso.

« ... el hombre se verá cada vez más libre de las fatigas materiales, de las obras serviles; la automatización está transformando en actividad intelectual gran parte del trabajo humano, mientras que el extraordinario progreso técnico está haciendo cada vez más posible y más fácil la difusión de la cultura entre los hombres» (Pío XII).

*

La exigencia predominante en nuestro tiempo es la de elevar, a través de la producción y distribución de bienes y servicios, el nivel de vida de la humanidad.

Ahora bien, las cuestiones atinentes a la producción están en francas vías de ser resueltas.

Podríamos producir todo lo que necesitamos consumir.

La dificultad radica, fundamentalmente, en la distribución de aquello que puede ser producido.

Se trata de un asunto en el cual predominan los aspectos de índole moral, lo cual ha de traer consigo una creciente preocupación por los problemas de este orden.

La subalimentación y el analfabetismo constituyen las más urgentes necesidades de la sociedad mundial. Pero, gracias al progreso técnico, el hambre puede dejar de ser un mal inevitable; se cuenta con instrumentos suficientes para poder erradicar la ignorancia.

Por primera vez: es posible saciar a los hambrientos de pan y de cultura.

Y extender el bienestar.

Y lograr, así, que las fronteras de la indigencia desaparezcan de la faz de la tierra.

Las generaciones actuales habrán de apresurar el paso en el camino hacia el disfrute de los beneficios de la civilización por parte de todos los seres humanos, porque cuando la miseria puede evitarse es intolerable.

*

Vivimos en

«un período de la historia en que el conjunto del género humano es más sensible que nunca a los derechos del hombre» (Pablo VI).

Nuestro tiempo se distingue, aun a pesar de aquellas realidades en sentido contrario, por un creciente reconocimiento de la dignidad de la persona humana.

Ciencia y técnica.

Pero también tendencia hacia la democracia y la justicia social.

El mismo progreso exige la presencia de los valores humanos.

«En la civilización moderna no basta el valor comercial de los servicios del hombre, de modo que para valorar al hombre hay que buscar otra base... ya que no podemos valorar al hombre por los servicios que desempeña. Tenemos que valorarlo como hombre» (Wiener, padre de la ciencia cibernética).

Cada vez se le da más importancia al trabajador que al capital.

La dignidad humana de aquel nunca había sido tomada en cuenta tanto como ahora.

Se experimenta un creciente reconocimiento de sus derechos en el campo social y económico así como en el político y cultural.

Paralelamente se produce una mayor dignificación de la mujer, la cual ha tomado conciencia de que es un sujeto y no un instrumento.

Nunca antes se había tenido tanto interés por la familia y sus problemas como el que se experimenta hoy.

Vivimos en un proceso de erradicación de discriminaciones por razón de la situación económica o social, del sexo, de la ideología o de la raza.

Crece la conciencia de que todos los seres humanos sustancialmente son iguales entre sí.

Y, al mismo tiempo, el hombre se afianza en la seguridad de que es libre, por lo cual todo determinismo, aunque fuera sólo por esto, pertenece al pasado.

Hasta ahora los beneficios generales de la civilización habían sido usufructuados mayormente por una minoría.

Pero hoy la ciencia y la técnica facilitan en gran manera la participación del pueblo en esos beneficios y aun en los más altos niveles de la cultura.

«Los seres humanos, en la época moderna, van adquiriendo una conciencia más viva de la propia dignidad, conciencia que, mientras les impulsa a tomar parte activa en la vida pública, exige también que los derechos de la persona -derechos inalienables e inviolables-, sean reafirmados en las ordenaciones jurídicas, positivas, y exige, además, que los poderes públicos estén formados con procedimientos establecidos por normas constitucionales y ejerzan sus funciones específicas dentro del mismo espíritu» (Papa Juan XXIII).

«Nos parece una característica de nuestro tiempo la exigencia de administradores de los intereses públicos cuanto más valiosos, prudentes, honestos y laboriosos» (Pablo VI).

Hoy el pueblo tiene algo que decir sobre la marcha de la historia.

Y participa en la orientación del destino de la humanidad.

Los hombres se apasionan por aquello que incida directamente en su sensibilidad vital.

Son millones los que se apasionan por la justicia.

Y existe en todas las naciones una apasionada voluntad de paz.

Justicia. Paz. Igualdad entre los pueblos.

Cultura. Democracia. Libertad.

¿No son éstas las aspiraciones de los hombres de hoy?

EL SIGLO DEL CRISTIANISMO

El hombre actual en muchos aspectos se encuentra débil y enfermo, pero alienta dentro de sí una clara vocación de autenticidad.

Nuestra generación tiene a su favor que es una generación insatisfecha.

Uno de los aspectos más esperanzadores de nuestra época es que existe dentro de ella una creciente voluntad de transformación del mundo.

En la actualidad el hombre ha tomado conciencia de su responsabilidad ante las generaciones futuras.

Se ha producido una gran pasión por el trabajo creador.

Y, a la vez que se experimenta una tendencia hacia lo simple y lo sencillo, hay deseos de sinceridad y de coherencia.

No podemos dejar de ver el espíritu de sacrificio puesto en juego en la sociedad de nuestros días, tanto por personas individuales como por grandes contingentes humanos.

Mucha es la energía que, actualmente, se desarrolla en el mundo dirigida al logro de nobles causas.

Cuántas iniciativas puestas en ejecución para resolver los problemas de nuestro tiempo.

Cuántas muestras de idealismo.

Cuánta ayuda dada no en especie, sino en esfuerzo.

Cuántos valores humanos.

La humanidad no está envilecida por el materialismo, ni los ídolos del dinero y del placer dominan la tierra.

Y las masas no odian, a pesar de las constantes incitaciones al odio. Si odiaran hubieran destruido al mundo.

En nuestro tiempo existe una reserva de energías físicas, mentales y morales que todavía no ha sido utilizada.

Una inmensa capacidad de entrega a los grandes ideales, de entusiasmo y de heroísmo, espera, todavía dormida, por un noble despertar.

La semilla de bondad y generosidad depositada por Dios en el corazón de los hombres exige, hoy más que nunca, amor, virtud y belleza.

Escuchemos la voz de nuestro tiempo: de lo más profundo de sus miserias y de sus tristezas llama en espera de salvación.

Fijemos la atención en

«...los hombres de hoy, a la 'vez tanpreciados de sí mismos, y tan deseosos de sí mismos, y tan deseosos de justicia, de libertad y de paz, tan ansiosos de descubrir a los verdaderos hermanos, si saben que todos son hijos de un mismo Padre» {Pablo VI).

Contemplemos

«nuestro mundo moderno, agitado y dominado por principios y consecuentemente por fenómenos, que trágicamente lo convierten en enemigo de sí mismo; y al mismo tiempo, invadido por corrientes humanitarias y constructivas, que lo asisten, lo confortan, lo elevan, lo reconcilian y le prescriben un programa indeclinable de hermandad y de bondad» (id.).

*

Tenemos que comprender y valorar los «signos de los tiempos».

A primera vista pareciera que el hombre contemporáneo es indiferente, insensible o, más aún, ajeno a los valores del espíritu. Mas, ¿es esta la realidad?

«Finaliza actualmente una etapa materialista en la historia de la humanidad» (Pitirim A. Sorokin).

Por doquier brota el deseo de inquirir sobre las razones fundamentales de la existencia humana.

Y existe un manifiesto interés por la adquisición de conocimientos sobre asuntos de orden espiritual.

Es más: los problemas de esta índole han adquirido en los más diversos medios una re-

sonancia no experimentada en el inmediato pasado.

En el arte y en la técnica las cuestiones espirituales figuran en el primer plano, tanto de la inspiración del creador como del interés del público.

Estamos...

«en un momento en el que como reacción contra el materialismo devastador y degradante, se está revelando en las masas una nueva sed de valores espirituales y, contra la incredulidad, una intensa inclinación de los ánimos hacia las cosas religiosas manifestaciones que hacen esperar que se haya superado y aun sobrepasado ya el punto más bajo de la decadencia espiritual» (Pío XII).

Con nostalgia, se busca un contacto con Dios.

En todos los continentes gran parte de los «best-seller» de nuestro tiempo son obras que, en una u otra forma, abordan el problema religioso.

El hombre moderno se ha dado cuenta de que es imposible hablar del problema de nuestra vida sin hablar de Dios.

Con el tema de Dios abordamos la cuestión de nuestro destino.

Se trata de nuestra propia vida, el más vital de cuantos asuntos pueden ser considerados por la mente humana.

En el centro de todos los problemas, allí está el problema religioso.

Esta es una realidad que nadie ni siquiera una mente adormecida puede eludir.

Y el mundo actual está hambriento de espiritualidad.

«Aunque otra cosa se diga, nuestro siglo es religioso, más religioso probablemente que todos los demás» (Teilhard de Chardin).

Contra una opinión muy generalizada, ha podido comprobarse que el mundo actual, lejos de ser refractario, más bien es permeable a la llamada del cristianismo.

Los que no lo conocen se muestran intrigados por el mensaje que presenta.

Y en los ambientes intelectuales comienza a reconocerse que el cristianismo ofrece cabal respuesta a las aspiraciones del mundo contemporáneo.

Los pueblos empiezan a orientarse hacia la Iglesia como fuente de unidad y de paz.

La humanidad marcha hacia una creciente unificación.

La historia tiende hacia el equilibrio en la unidad.

Concretamente, en la actualidad se dan notables pasos en orden al desarrollo y perfeccionamiento de un tipo uniforme de civilización.

« ... notamos que el mundo tiene necesidad de absoluta paz y que la confluencia de muchos factores culturales, económicos y sociales produce, como por natural gravitación, una comunión pacífica entre los pueblos, cada vez mayor. Queremos alentar con to-

das nuestras fuerzas este proceso de respeto mutuo, de pacífica convivencia, de provechoso intercambio y de comunidad de metas» (Pablo VI).

Tenemos conciencia de que, en la actualidad, los problemas son mundiales.

Solamente ahora puede hablarse legítimamente de una historia universal.

Y «cuanto más universal, más divino» (San Ignacio).

Por primera vez las mismas cuestiones afectan en una u otra forma a todos los seres humanos.

¿Cómo será el futuro? No lo sabemos.

De lo que sí estamos seguros es de que, cualquiera que él sea, el futuro será común.

«El cristiano verdadero siente estremecer su alma con los gemidos de la creación, estando preparado para descubrir en fa sociedad, como un signo de los tiempos, aquella misteriosa expectación, aquel movimiento hacia expresiones unitarias que fermentan en el pensamiento, en la cultura, en la acción, con espera de mayor bien, con ansia de más altas conquistas» (Pablo VI).

La unidad que los hombres buscan sólo se podrá lograr sobre la base de la unidad en la concepción doctrinal del hombre y del mundo.

¿Cuál será el principio unificador del mundo contemporáneo? Es en este plano donde actualmente se realiza la lucha.

Hoy se experimenta un alto sentido de la solidaridad y de la interdependencia.

En todas las actividades humanas nunca co-

mo ahora los hombres habían actuado más intensamente en común armonía.

El espíritu comunitario se va imponiendo frente al individualismo egoísta.

Tendemos a sentirnos cada vez más solidarios en la obra humana general: la aventura de la vida misma.

Quizá nunca antes la humanidad había sido tan sensible al ideal netamente cristiano de la fraternidad.

«Ninguna otra época entre las que la humanidad ha vivido después de la venida de Cristo se nos presenta tan determinante como ésta en la evolución humana.

Por primera vez los hombres tienen conciencia no sólo de su creciente interdependencia, sino también de su estupenda unidad. Esto significa que la humanidad estará cada vez más pronta a sentirse cuerpo místico de Cristo» (Pío (XII).

La comunión de los santos representa el culmen de la tendencia hacia la sociabilidad que alienta en todos los hombres.

La aspiración de universalidad que palpita en el mundo contemporáneo sólo podrá satisfacerse en la dimensión universal del amor cristiano.

El sentido de la historia lleva a la humanidad a un encuentro con Dios.

*

«A pesar de ciertas apariencias desconsoladoras, el hombre moderno está más cerca de Dios de lo que

Pudiera pensarse, y la Iglesia, su obra maestra, se encuentra en las mejores condiciones para cumplir su misión de dar a Cristo a las almas y de extender su Reino» (Juan Hervás).

A través de los continentes se pueden descubrir los grandes valores que Dios va suscitando en el mundo de hoy.

En los países latinos ya las prácticas religiosas no constituyen patrimonio exclusivo de los habitantes del campo, o de sólo las mujeres en la ciudad. En los centros descristianizados se inicia una vigorosa restauración.

En los países anglosajones el catolicismo constituye una realidad prepotente en los núcleos urbanos.

Y en África y en Asia, al igual que sucedió en los primeros siglos, el cristianismo inflama principalmente a los más pobres.

Aun en los ambientes más alejados está trabajando ininterrumpidamente la gracia de Dios para transformarlos.

«Nos parece ver surgir, precisamente donde vemos hostilidad y peligros, algunas posibilidades de bien, algunas nuevas esperanzas...» (Pablo VI).

Día tras día vamos avanzando.

«Es en verdad un soplo patente del Espíritu Santo el que pasa ahora sobre la tierra» (Pío XI).

Después de cada situación difícil la Iglesia emerge intacta y con renovada fuerza.

Hace un siglo se hablaba de la agonía de la Iglesia.

Hoy, no hay quien deje de ver en ella francas señales de rejuvenecimiento.

La Iglesia continúa su marcha, inmutable, y ofreciendo sacrificios por aquellos que presagiaron su desaparición.

A la caída del imperio romano muchos temían por la continuidad de la Iglesia. No concebían que ella pudiera existir fuera de aquellas estructuras.

Y la Iglesia civilizó a los bárbaros.

Y continuó su camino.

El cristianismo nació a la luz en un mundo que le era adverso.

Y con todas las circunstancias visibles en su contra, surgió triunfador.

El cristianismo siempre ha salido airoso de todas las situaciones de peligro con que se ha enfrentado, debido a la santidad, al pensamiento y a la acción de los propios cristianos.

Es en Cristo y no en factores externos donde la Iglesia encuentra las energías para su permanente renovación.

Al igual que hace unos mil quinientos años, hoy también podemos preguntar:

« ¿Dónde están los que dicen: “La Iglesia ha desaparecido del mundo”?» (San Agustín).

*

« ¡La Iglesia está viva, hoy más que nunca! »
(Pablo VI).

«Toda verdad religiosa genuina anuncia el amanecer de la fe, y, en estos momentos, esperamos un resurgimiento en el mejor de los amaneceres, junto al pleno esplendor de la sabiduría cristiana» (id.).

«Alegrémonos, hermanos.

¿ Cuándo jamás la Iglesia fue tan consciente de sí misma, cuándo tan enamorada de Cristo cuándo tan feliz y tan concorde, cuándo tan solícita de su imitación y tan pronta al cumplimiento de su misión?

Alegrémonos, hermanos» (id.).

«La Iglesia, en estos últimos tiempos, ha emprendido un mejor estudio de sí misma» (id.).

« .. .la historia sigue su curso. El Papa, aunque tiene en la soberanía de su Estado de la ciudad del Vaticano el escudo y el signo de su independencia de toda autoridad de este mundo, ni puede ni debe ya ejercer más que el poder de sus llaves espirituales» (id.).

«Hoy el Papado, completamente absorbido por sus funciones espirituales, se ha propuesto una actividad apostólica que podemos considerar más amplia y nueva que en otros tiempos» (id.).

El prestigio del Papado hoy es mayor que en ninguna otra época de la historia.

El mundo va comprendiendo que de Roma emanan soluciones para los más acuciantes problemas del momento.

*

Por otra parte, la formación intelectual y el nivel moral del clero es mayor que en otras épocas.

Y el anticlericalismo es en la actualidad una posición trasnochada, como reconocen públicamente aun aquellos que en su interior pueden todavía permanecer como anticlericales.

Nunca ha habido menos apóstatas como en estos tiempos, y el peligro de cismas y herejías prácticamente no existe.

Los seculares, por nuestro lado, despertamos al convencimiento de nuestra pertenencia a la Iglesia y al de la responsabilidad que tenemos dentro de ella.

Estamos descubriendo nuestra vocación apostólica y comprendiéndola cada vez mejor.

«Los tiempos modernos exigen que el ardor de la vida cristiana hierva en el mundo y encienda las almas, es decir, está pidiendo la «consecratio mundi», misión que especialmente pertenece a los seculares. Todo esto es obra de la Providencia de Dios y motivo, por tanto, de un gozo saludable» (Pablo VI).

También el pueblo cristiano acrecienta su conocimiento sobre la vida litúrgica y participa de ella más íntimamente.

*

Las funciones que cada persona realiza adquieren en el seno de la Iglesia cada vez mayor dignidad, a la vez que se le otorgan a cada uno mayores facilidades para desenvolverse en el radio de su propia acción.

Al mismo tiempo, la autoridad de la jerarquía eclesial se ha visto robustecida en el

transcurso de los tiempos al ser más: respetada y más amada.

Existe hoy una mayor armonía entre la responsabilidad y la autoridad.

*

Asistimos a un promisor despertar de auténtica espiritualidad cristiana.

«Si es verdad que nunca, seguramente, las muchedumbres han estado tan alejadas de Dios, tampoco acaso jamás hemos conocido tantos santos ... este es el siglo de los santos» (Suhard).

Estamos viviendo una época excepcional en la historia del cristianismo.

«Llega de todas partes el eco de voces que narran empresas bellas o/ santas; hablan de energías estimuladas por 'un deseo de reacción contra el mal» (Pío XII).

En nuestros días es tal la fecundidad y abundancia de los progresos de la Iglesia que ya nadie puede razonablemente dudar de ellos.

«Las señales de la vuelta de las almas fatigadas y desilusionadas hacia la fuente más pura de la verdad y de la vida se multiplican ante nuestros ojos» (Juan XXIII).

Es evidente que en la actualidad la Iglesia florece radiante en una nueva primavera.

El cristianismo crece en extensión y en profundidad.
El siglo XX es el siglo de la Iglesia.

«La hora presente es verdaderamente la hora del Evangelio» (Pío XII).

La humanidad se acerca ahora con más fuerzas hacia Dios.

«Nuestra época está azotada y penetrada de errores radicales, está desgarrada y alterada por profundos desórdenes; pero es también una época que abre inmensas posibilidades de bien al espíritu combativo de la Iglesia» (Juan XXIII).

Es cierto que nunca antes una época histórica se había encontrado ante el peligro de perder casi totalmente la fe. Pero, al mismo tiempo, ninguna generación como la nuestra había tenido una mayor oportunidad de demostrarle al mundo de lo que es capaz el cristianismo.

Vivamos

«El gran momento fatigoso pero también lleno de esperanza que la Iglesia está atravesando» (Pablo VI).

No se habían abierto mayores posibilidades de bien para aquellos que, con el sentido comunitario inherente al cristianismo, estén decididos a entregarse al supremo ideal.

«Esta época es una de las más desconcertantes que ha conocido la humanidad, pero también una de las más bellas: porque es un tiempo en que no está permitido ser mediocre, en que las vidas cristianas se

expanden en todo su esplendor, en que se preparan los triunfos de la Iglesia» (Pío XI).

El vacío del hombre contemporáneo está hecho a la medida de Cristo.

«Parece como si Dios estuviera preparando a la humanidad algo verdaderamente insólito... Es acaso que Dios quiere empujar a los hombres hacia una más concreta y ansiosa búsqueda de Jesús» (Pío XII).

Cuanto más avance la técnica, más necesitaremos de la religión. Cada vez se hará más claro que ésta no sólo es útil, sino indispensable.

«La necesidad de la solución cristiana para tantos problemas que tienen al mundo en ansiedad, será y aparecerá cada vez más evidente a los ojos de los hombres honestos» (Pío XII).

Hoy el mundo tiene que ser mejor que ayer, aunque sólo fuera por el medio millón de misas que se han ofrecido hoy.

«Un futuro desconocido todavía, pero intuido como pleno de cosas buenas y grandes... nos hace presagiar un seguro comienzo de nuevas, pacíficas y luminosas afirmaciones del Reino de Dios» (Pablo VI).

La humanidad necesita a Cristo.
Lo busca.
Y lo espera.

VALORES DE NUESTRO TIEMPO

La vitalidad interior del cristianismo siempre es mucho mayor de lo que podemos pensar, apreciando las manifestaciones externas de esa vitalidad.

Así, a través de un conocimiento natural, nunca podremos saber qué época de la historia ha contenido dentro de sí mayores grados de santidad: Dios puede acumular más gracia en una sola alma que en toda una generación.

Pero aun ateniéndonos a los datos observables, tampoco podemos comparar las épocas de la historia en términos absolutos.

Hay que tener en cuenta lo que cada una de ellas ha podido dar de sí, de acuerdo a las respectivas circunstancias que las han configurado.

Sin embargo, sí podemos preguntarnos:

¿Cómo se ha expresado y desarrollado la existencia humana en cada momento?

¿Cuáles han sido las condiciones generales en orden al perfeccionamiento integral del hombre?

¿ En qué medida se han utilizado las facilidades ofrecidas por la cultura y por la técnica?

Es inútil la pretensión de saber cuándo los hombres han sido más felices en la tierra.

Pero sí podemos llegar a conocer cuándo han existido más y mejores condiciones externas para el logro de la felicidad y en qué grado ellas han podido ser aprovechadas.

A un cristiano de hoy le es difícil vivir en el mundo actual en conformidad con las exigencias de su fe; pero a lese mismo cristiano esto no le hubiera sido más fácil en épocas pasadas. Tal vez al contrario.

Podría afirmarse que los cristianos de la edad media, por ejemplo, tenían un ambiente más favorable para su vida cristiana que el que nosotros tenemos para la nuestra.

Pero también podríamos preguntarnos si nuestra vida cristiana no es más exigente.

Los cristianos del siglo xx no hubiéramos tenido un ambiente muy favorable en la edad media.

Recordemos los atentados contra la dignidad humana que frecuentemente se producían entonces y que, gracias al cristianismo, constituyen hoy condenada excepción.

Es cierto que tuvimos un san Luis Rey de Francia. Mas, ¿cuántos reyes indignos no hubo también?

¿Y las manifestaciones de clericalismo y de cesaropapismo que se produjeron en aquellos tiempos?

Por cada ejemplo de anticristianismo de la edad actual puede presentarse uno de la edad media.

Por cada ejemplo de cristianismo de la edad media puede aducirse otro de la edad actual.

«Todo tiempo pasado fue mejor». Falso.

Hablamos mucho sobre los aspectos negativos que nuestra época, sin duda alguna, presenta.

Más, fijémonos también en todo lo positivo que ella nos ofrece.

Quizá nunca antes en la historia pudo disponer el hombre de mayores oportunidades para su desarrollo integral que aquellas con las cuales puede contar en nuestro tiempo.

*

Hay que reivindicar, ante el mundo de hoy, tanto los valores humanos de la edad media como los valores cristianos de los últimos siglos.

El Renacimiento no fue anticristiano.

Los humanistas de los siglos XV y XVI eran, fundamentalmente, cristianos, aunque no lo fueran todas sus ideas.

Las luchas religiosas del siglo XVII muestran que la sociedad de entonces conservaba una inquietud de orden espiritual arraigada en el cristianismo.

Han sido Descartes y Kant quienes más influencia han ejercido en el desarrollo del pen-

samiento filosófico imperante en los últimos siglos. Pues bien, a pesar de todo el daño que produjeron, ambos eran cristianos. Descartes comenzó por dudar de todas las verdades, excepto de las verdades religiosas. Incluso realizó una peregrinación a un santuario de la Virgen María (Loreto), en acción de gracias por haber descubierto en el «pienso, luego existo», según creía, el talismán para encontrar la verdad. Y Kant, aunque situaba la religión en los dominios de la razón práctica, no negaba la existencia, ni la importancia del hecho religioso, el cual llevaba a la práctica en su vida personal.

Con sobradas razones se responsabiliza al pensamiento filosófico imperante en los últimos siglos de las angustias propias de nuestro tiempo.

Pero hemos de tener en cuenta que a la decadencia de la escolástica también le toca una parte de culpa, y no pequeña, en esta situación.

El divorcio entre la teología y la filosofía se debe a los filósofos, sí; pero también a los teólogos que no supieron estar a la altura de las inquietudes de su época.

En el pasado se confundió la visión del mundo -«Weltanschauung»-, con la imagen del mundo «Weltbild»-(Schmaus). Aquella nos habla sobre la esencia, el origen y el último fin; ésta, sobre la configuración del universo de acuerdo al estado de las ciencias de la naturaleza.,

Aquella está ligada a la fe. Esta, no

La visión del mundo es siempre la misma. La imagen del mundo varía a cada paso.

Pero en el pasado se creyó en la necesidad de abrazar una determinada imagen del mundo para poder conservar inalterable el depósito de la fe y al mismo tiempo, en la necesidad de renegar de la fe para poder mantener otra imagen concreta del mundo. Esta situación trajo consigo inmensos perjuicios.

Hoy, por ventura, están deslindados los campos en tal forma que la misma «visión» del mundo es conciliable con diferentes «imágenes» del mismo.

Debido tanto a la teología como a la ciencia, es éste uno de los más grandes progresos de nuestro tiempo.

*

La ciencia, por su parte, le ha prestado al cristianismo el invaluable servicio de contribuir a depurar en el pueblo el sentido de la religión, al derribar las antiguas bases de prácticas supersticiosas.

El Dios del Evangelio es un Dios personal.

Los cristianos no creemos en el dios sol.

Los científicos tampoco.

Muchas veces el llamado ateísmo científico, creyendo negar a Dios, lo que niega en verdad son representaciones de la divinidad elaboradas por los hombres.

Por lo demás, la actitud del hombre ante la naturaleza ya no es la misma del siglo pasado.

La naturaleza no es ya «la madre naturaleza».

Hoy no se la considera como un algo infinito en extensión y poder, sino como un ser finito y contingente.

Descubrimos que la tempestad se debe a causas naturales.

Y ahora nos acercamos al general convencimiento de que éstas tienen un Autor.

Dios le ha infundido al hombre una atracción hacia lo investigable que lo conduce hacia Él.

Antes del auge de las ciencias todo en la naturaleza era misterio. Hoy, después de que se ha profundizado en la escala del ser material. Todo en la naturaleza vuelve a ser misterio.

Pero nuestra posición ante el misterio ahora es distinta. Más consciente.

Antes, el misterio producía temor. Hoy, produce admiración.

En nuestro tiempo son las posibilidades que la humanidad tiene en sus manos las que atemorizan.

El miedo no lo causa la naturaleza, sino los seres humanos.

El hombre moderno aspira a la demostración científica, pero no por esto aborrece el misterio; diríamos, más bien, que lo necesita.

Su mentalidad es racional e imaginativa a la vez.

Le es difícil el «cómo», pero fácil el «por qué».

En tiempos pasados el hombre tenía una

visión limitada, insegura y estática de las cosas que lo rodeaban.

Hoy, hemos despertado a una nueva conciencia, dispuesta a ahondar en los secretos que guarda la naturaleza y a aprovechar al máximo sus energías.

Hemos desplazado un cerco de ignorancia que confinaba el saber científico y el trabajo técnico.

A través del descubrimiento de las dimensiones fabulosas del universo, de la unidad coherente del mismo "Y de su desarrollo dentro de un orden, el hombre moderno ha roto los límites materiales que encuadraban su acción.

Se ha liberado.

Al mismo tiempo, ha arraigado en su mente la convicción de que el tiempo 'constituye una dimensión de todo lo que está a su vista.

El cálculo infinitesimal, el maquinismo, las geometrías no euclidianas... han situado al hombre moderno ante un espacio abierto de imprevisible realidad.

Estamos en una

«era en que la familia humana ha entrado en un nuevo camino con perspectivas de una amplitud casi sin límites» (Juan XXIII).

Por este camino ¿quedará el hombre deslumbrado ante las maravillas que encuentra en cada pliegue de la materia, o se remontará en la búsqueda del Creador?

En la misma existencia potencialidad y belleza de la materia el hombre moderno hallará,

en el más grande de sus hallazgos, al Supremo Hacedor.

La ciencia lo llevará a la oración.

Al encontrar a Dios, que no solamente es Sabio, sino que también es Bueno, el hombre moderno irá a ofrecerle, con humildad y con alegría, el logro de sus avances, el fruto de sus descubrimientos.

Alabaremos a Dios valiéndonos de las investigaciones y conquistas de la ciencia, con una voz racional y matemática en la que no será difícil reconocer claras manifestaciones de candor, belleza y poesía.

A lo largo de la historia, grandes místicos han sido contemporáneos de grandes artistas. Y en este mismo orden, en el momento actual, cuando son más frecuentes los inventos, es cuando, al mismo tiempo, crece el número de santos.

LOS ORIGENES DEL PROGRESO

La fe no representa un obstáculo para el pensamiento moderno, ni constituye una rémora para la manifestación del estilo espiritual de nuestro tiempo.

La fe es palabra que calma;
luz que orienta;
descubrimiento que guía.

«Recordad el plan de vida que Cristo presenta en el sermón de las bienaventuranzas, esencialmente positivo, con esa fuerza que la vida cristiana que libera, purifica y transforma, que todo lo reduce al bien Y al júbilo de una vida en Cristo» (Pablo VI).

El cristianismo alienta todo lo que signifique progreso.

No hay nada en el cristianismo que se oponga al descubrimiento de las verdades naturales.

Al contrario, éste es ayudado y estimulado por aquél.

El cristianismo favorece la utilización de las investigaciones científicas para mayor beneficio de los hombres.

«...el catolicismo aprueba todos los esfuerzos justos de la verdadera civilización y del progreso bien entendido para el desarrollo y perfección de la humanidad» (Pío XI).

El cristianismo no es oscurantista.

No estorba a la cultura, a la ciencia, a la investigación escrutadora o al pensamiento creador.

«La Iglesia... habla a los hombres de su destino trascendente. Y mientras tanto les habla de verdad de justicia, de progreso, de concordia, de paz, de civilización» (Pablo VI).

En la actualidad el cristianismo constituye la mayor defensa del estudio humanístico y del trabajo científico.

Es el cristianismo quien mantiene en alto la confianza en la verdad y en la capacidad del hombre para alcanzarla.

«¿Nosotros desertores? ¿Escépticos sobre el futuro del mundo tangible? ¿Asqueados del trabajo humano? ¿Qué *mal nos conocéis!» (Teilhard de Chardin).

*

El progreso científico y técnico del mundo moderno es una consecuencia del pensamiento cristiano.

Sin éste, aquél no hubiera sido posible.

La misma idea de progreso tiene orígenes cristianos.

Antes de Cristo el pensamiento estaba demarcado por límites constantes.

El hombre se encontraba dentro de un círculo que lo aprisionaba.

Para la antigüedad pagana el tiempo se repetía en ciclos constantes que se daban una y otra vez.

Para el cristianismo, por el contrario, el tiempo es irreversible.

La historia está abierta hacia adelante: el hombre puede progresar.

Y el espíritu de investigación se robustece. El cristianismo es el fermento del progreso. Aquel se relaciona con éste, como las matemáticas con la técnica.

El progreso moderno comienza en la Edad Media.

Entonces se inició el conocimiento de la naturaleza.

¿Hubiera existido Copérnico sin Francisco de Asís?

Galileo fue cristiano y no budista o musulmán.

Sin la abstracción escolástica no hubiera sido realidad la abstracción moderna, que tiene en la máquina su más caracterizado exponente.

La metodización escolástica de los nexos

entre los efectos y sus causas, se encuentra en los prolegómenos de los avances científicos de nuestro tiempo.

Rogero Bacon (1214-1294), concibió el método experimental mucho antes que Francisco Bacon de Verulamio (1561-1626).

Al fin y al cabo fue san Benito el creador de Europa y la Iglesia quien enseñó a trabajar a todo el Continente.

*

El mundo que ha progresado ha sido el mundo cristiano.
El mapa del progreso coincide con el mapa del cristianismo.

¿Simple coincidencia?

Durante 50.000 años el avance de la humanidad es muy lento.

Y en los últimos 2.000 años la humanidad realiza su más grande obra.

¿Qué ha pasado?

El progreso constituye una «añadidura» del cristianismo.

«Crea el hombre de hoy que :quien busca, según la palabra de Cristo, ante todo el Reino de Dios, tendrá pan, tendrá abundancia también de los bienes naturales de la ciencia, de la técnica, del trabajo y del arte» (Pablo VI).

Si el mundo fuera más cristiano habría más progreso.

El progreso es obra de los cristianos y consecuencia del cristianismo.

¡Vamos a proclamarlo!

Ante el progreso los cristianos no debemos sentir ningún tipo de complejo.

El progreso no se realizó en contra del cristianismo.

El progreso es obra nuestra.

Estemos orgullosos de ser cristianos.

*

Todo, lo que hoy representa un signo magnífico de civilización y de progreso, todo eso es cristiano.

Todo lo bueno y verdadero que encontramos en el mundo es nuestro, porque es de Dios.

«Toda verdad nos pertenece a nosotros los cristianos» (San Justino).

También toda la belleza que encontramos en la vida nos pertenece.

Todo lo bello es «cristiano»: la belleza que existe en una obra de arte es un reflejo de la belleza de Dios.

*

El cristianismo y el arte siempre han mantenido contactos de íntima relación.

El ministerio apostólico necesita del arte, que contribuye a hacer comprensible lo inefable.

Y los artistas necesitan de la realidad vivificante del cristianismo.

La Iglesia, que a lo largo de la historia ha protegido y amparado todas las manifestaciones artísticas, considera que ellas constituyen una de las más nobles actividades del ingenio humano.

«Lejos de oponerse la Iglesia al cultivo de las artes y disciplinas humanas, lo fomenta y promueve de muchos modos. No ignora ni desprecia las ventajas que se derivan de ellas para da vida de los hombres; es más: confiesa que así como han salido de Dios, Señor de las ciencias, también pueden, si se usa de ellas del modo debido, llevar a Dios con el auxilio de la gracia» (Concilio Vaticano I, año 1870).

*

El mundo actual está influido por los principios del evangelio hasta un punto difícil de precisar.

En el fondo de notables desviaciones se encuentra un aliento cristiano.

A pesar de sus aberraciones, la sociedad moderna está penetrada hasta los tuétanos de cristianismo.

Ni aun el que lo combate o lo ignora está desprovisto de su influencia.

El paganismo puro es hoy un imposible.

El que quiera pensar y actuar como pagano debe saber que ya no puede hacerlo.

Locas algunas, cuerdas otras, como lo señalan los hechos, lo cierto es que

«el mundo moderno es un tropel de ideas cristianas»
(Chesterton).

Debemos

«congratularnos ... por la saludable penetración de los principios evangélicos en la concepción de la vida y las costumbres que verdaderamente merecen el título de modernas y civilizadas» (Pablo VI).

¡Cuántos valores existen en el mundo actual que se deben por entero al mensaje de Cristo!

¡Cuántos son los que trabajan, sin saberlo y aun en contra de su voluntad, a favor del Reino de Dios!

¡Cuántos no han actuado, providencialmente, por cuenta del cristianismo!

No podemos dejar de ver los valores cristianos realizados en el mundo por hombres no cristianos.

Cuando nosotros no enarbolamos las banderas cristianas que el momento requiere, entonces las enarbolan otros.

La Revolución Francesa, por ejemplo, no hizo otra cosa que apropiarse de algunos conceptos contenidos en el mensaje evangélico, aunque éstos fueran desnaturalizados en el proceso mismo de la Revolución, aun desde su génesis.

Libertad, igualdad, fraternidad, progreso, actuación a favor de los pobres... todos estos principios pertenecen por entero al cristianismo.

Pero, ciertamente, no eran ellos guía de la sociedad del siglo XVIII.

Y la Revolución, a pesar de sus errores, con-

tribuyó al desarrollo de esos principios en la conciencia de la humanidad.

Antes del cristianismo no se pensaba en libertad, ni en fraternidad e igualdad entre los hombres.

Mas, poco a poco, estas ideas fueron infiltrándose en el mundo, hasta tomar carta de naturaleza dentro de él.

Hoy, aun los anticristianos hablan en cristiano.

Son ideas cristianas las que entusiasman a todos los pueblos.

Proclamemos como nuestras todas aquellas ideas y realizaciones que nos pertenecen.

Son muchos los «hijos naturales» del cristianismo que necesitan ser reconocidos.

*

En la vida moderna podemos encontrar los principios de un verdadero humanismo, en el cual hallan asidero nobles ideas y sanos sentimientos.

Pues bien, el humanismo moderno es una consecuencia de la más genuina doctrina cristiana.

«Vivimos en un mundo que progresa a la luz de la 'Vocación cristiana, la más alta y más noble de las vocaciones humanas» (Pablo VI).

Fue el cristianismo el que exaltó la dignidad de la mujer al ver en ella a la Virgen María, colaboradora de Dios.

Es el fermento cristiano el que suscita en nuestros días laudables iniciativas destinadas a remediar la falta de pan que sufren grandes sectores de la humanidad.

El dogma de la redención universal late por debajo de la tendencia actual hacia la unidad del mundo, la igualdad entre los pueblos y la fraternidad entre los hombres.

Al proclamarse que todos los hombres han sido redimidos, se estaba dictando una sentencia que tarde o temprano derribaría los imperialismos y el coloniaje.

Fue una conquista del cristianismo, desconocida en la antigüedad pagana, la separación entre lo que pertenece a la sociedad civil y a la sociedad eclesial.

Las palabras de Cristo «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», representan una auténtica revolución.

Y no por casualidad el ideal de una sociedad democrática surgió en el mundo cristiano.

Es que la democracia se fundamenta en un principio del cristianismo: la existencia de un alma inmortal.

*

La civilización de Occidente es deudora del mensaje contenido en el evangelio en su conciencia del deber jurídico y en las bases de su espíritu humanista.

A través de los siglos, el cristianismo le ha aportado a la civilización occidental los principios sobre los cuales ella se fundamenta.

La fraternidad entre los hombres.

La convivencia pacífica entre seres que participan de un destino común.

La dignidad de la persona humana, sujeto de derechos inviolables, otorgados por Dios y no por ningún poder humano.

La igualdad sustancial de todos los hombres. La libertad de conciencia y de acción.

El respeto a la ley por parte de gobernados y gobernantes.

La obediencia y no esclavización a la autoridad legítima.

El carácter dignificado de todo trabajo humano.

El sentido del dolor.

La esperanza en una realización más allá de la muerte.

Los principios que le dan vida a la civilización cuando ella tiende a realizarlos,

Proceden del cristianismo.

*

La antigüedad pagana despreciaba el trabajo manual.

Fue el cristianismo el que le otorgó al trabajo una dignidad.

Y al cansancio, un valor de reparación y de conquista.

Por esto, si no es ocio ni indebido placer, sino que, por el contrario, constituye un medio para la obtención de más altos fines, el tiempo destinado al necesario descanso o al

honesto recreo, al enlazarse con lo divino, adquiere un carácter de cosa sagrada.

La alegría es un distintivo de la civilización. Y el cristianismo crea la alegría del trabajo.

Este es difícil y arduo. Pero Cristo lo transforma en factor de creación, de redención y de ofrenda.

«El trabajo no fue maldecido por Dios cuando dijo: "Comerás el pan con el sudor de tu frente" (Gén.3, 19); es decir, el sudor honesto del trabajador siguiendo el ejemplo de Cristo, que también era trabajador» (Pablo VI).

«No sólo hay que hacer buena y santificar la profesión, sino que hay que considerarla como santificadora, perfeccionadora en sí misma» (id.).

En el seno del cristianismo todo: el que trabaja puede ser libre, grande y santo, justamente en su trabajo y por él.

No hay incompatibilidad entre el trabajo ordinario y la vida cristiana: ambos se funden en una sola realidad.

«Habría que sobrenaturalizar en el trabajador cristiano todos los motivos de su trabajo diario, habituándolo a considerar su vida no sólo desde el punto de vista material y terreno, sino también y sobre todo desde el punto de vista espiritual y divino, para poder mirar por su propia santificación y por la elevación del mundo que le rodea, por medio de los instrumentos de su propio trabajo» (id.).

Todo trabajador entra en la vida del espíritu a través del trabajo.

«Habrá que comunicar al trabajador la conciencia altísima de su dignidad de persona humana, amada por Dios, redimida en Cristo "y transformada en nueva criatura, llamada a construir la ciudad terrena en la justicia, en la paz y en la libertad, redimi ndose en el trabajo y en el sacrificio, a la espera de la ciudad celestial» (id.).

*

En los tiempos de la predicación de Cristo más del 80% de la humanidad vivía en la esclavitud.

El esclavo era considerado como un animal.

En la ley Aquilia se contemplaba la misma pena por el asesinato de un esclavo que por el hecho de darle muerte a una bestia de carga.

A los esclavos se les aplicaba la misma tarifa aduanera que a los caballos.

Un notable jurisconsulto pudo expresar:

«El esclavo o cualquier otro animal» (Ulpiano).

Los esclavos no tenían derecho a un nombre propio.

No existía el matrimonio entre ellos.

Ni familias tampoco.

Se les vendía en el mercado, donde se sucedían subastas especiales para los contrahechos.

«La muerte más innoble es preferible a la más dulce esclavitud» (Séneca).

Las matanzas en masa de esclavos no producían ningún estupor, ni siquiera por la circunstancia de ser harto frecuentes.

Los gladiadores, cercanos ya al último trance, consideraban natural el dirigirse al «dueño» "de sus vidas, el César, en estos términos: «Los que van a morir te saludan».

Todos los vicios se producían en la más espantosa promiscuidad.

Y aún la depravación era alentada, con el propósito de quebrantar la condición humana y así evitar las rebeldías que podían producirse.

«En lo que más tiempo gasta un rico romano es en castigar a sus esclavos» (Séneca).

Eran hombres sin amor. Y sin esperanza.

Aquel mundo, que no conocía la caridad, nos dejó múltiples ruinas de acueductos, anfiteatros, baños, carreteras, palacios ... pero no se conocen las de un asilo o las de una casa de beneficencia.

Y fue a aquel mundo donde se presentó un Hombre a decir:

Bienaventurados sean los pobres;

los que sufren;

los que lloran;

los perseguidos;

los que tienen sed de justicia;

los que buscan la paz...

*

Y esta es la obra de la Iglesia a lo largo de veinte siglos.

¿Qué hacían los sacerdotes en favor de los desposeídos antes de la Rerun Novarum?

Predicaban.

Con mayor o menor énfasis o brillantez, día tras día, domingo tras domingo, en cada Iglesia se repetía el mensaje:

«Hermanos ... »,

«Todos somos iguales... »,

«Amamos los unos a los otros... »,

«Dios nos ha hecho libres... »,

Y allí está el resultado en el afán de justicia social que hoy alienta en el mundo entero.

Los frutos de la edad actual hunden sus raíces en el evangelio.

*

Acerquémonos al mundo con la certeza de que Dios dirige la historia;

de que la doctrina de Cristo es eficaz hoy, así como lo será mañana;

de que la cultura florece dentro de una estructura cristiana; de que es fructífero el encuentro entre el cristianismo y las corrientes intelectuales del mundo actual.

Es necesario establecer con éste, en sus trabajadores, en sus hombres de letras, en sus científicos y técnicos, los lazos de una nueva y perenne amistad.

El mundo de la ciencia, de la técnica: y de la industria puede ser llenado con la presencia de Cristo en la realidad de un cristianismo integral.

La presente civilización de la máquina puede llegar a ser realmente cristiana.

El evangelio siempre es actual. El mismo progreso es una prueba de ello.

Todas las manifestaciones de nuestro mundo pueden ser conquistadas por el espíritu.

«La Iglesia, os decimos, seculares católicos, os llama, os espera, os invita a la vida verdadera, a los valores auténticos, y no quiere hacer de vosotros unos extraños a las corrientes de la vida moderna, sino que desea daros aliento y vigor en vuestros pasos, de forma que no rodéis como seres inertes en esas mismas corrientes, sino que seáis vosotros quienes las promováis, les déis sentido, las comprendáis y gocéis de ellas como hijos de Dios. Sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz» (Pablo VI).

Busquemos el desarrollo del mundo actual. El progreso material no debe detenerse.

Que se incremente aún más la ciencia y la técnica.

Y hagamos que éstas sean más humanas, vitalizadas por un espíritu interior.

«El mundo moderno corre velozmente, y es preciso que el apóstol lo acompañe, acelerando e intensificando su actividad» (Carta de la Secretaría de Estado a los Consiliarios de la A. C. portuguesa).

Este es el momento de un nuevo acercamiento del cristianismo a la cultura, a la economía, a la ciencia, a la técnica, a aquello que constituye el núcleo central de la vida de nuestro siglo.

TRADICION Y ACTUALIDAD

En esta época de grandes transformaciones, el remedio que se le ofrezca al mundo no puede consistir sólo en la aplicación de fórmulas técnicas.

Quien pretenda satisfacer las inquietudes de la humanidad tiene que iluminar las mentes y llenar los corazones.

Trabajadores e intelectuales, oficinistas y campesinos, artistas y estudiantes, políticos y técnicos, todos buscan una razón, un principio:

- que los eleve de condición;
- que les otorgue primacía sobre el mundo sensible;
- que los lleve a la solidaridad;
- que haga digna a cualquier vida y, en lo sustancial, a todos los hombres iguales;
- que ordene todas las cosas a un fin;

que le dé un sentido al trabajo;
que procure una existencia donde no quepa la desilusión ni
impere el hastío.

Los hombres de hoy desean liberarse de las exigencias de un
materialismo esclavizador;
orientar sus pasos hacia un ideal;
ordenar sus actos hacia un fin allende la muerte.

Están dispuestos a escuchar este mensaje:
la vida es sagrada;
el hombre es libre;
el odio es infecundo;
el amor es fructífero.

*

Los cristianos tenemos lo que el hombre busca.
¿Por qué desesperar?

«La Iglesia se da cuenta de la asombrosa novedad del
tiempo moderno, pero con cándida confianza se asoma
por los caminos de la historia y dice a los hombres:
yo tengo lo que vosotros buscáis, lo que a vosotros os
falta» (Pablo VI).

Salgamos a las plazas y a los caminos y gritemos:
«vengan, que aquí está».

Nuestro mundo desea y necesita fórmulas nuevas. Y allí
están: en el cristianismo.

El cristianismo es nuevo.

«El cristianismo, que parecía al experimentado en la vida
moderna algo viejo y superfluo, extraño y di-

fácil, arbitrario y exigente es, sin embargo, vivo y bello, hecho a propósito, diríamos, para nuestro siglo y para los problemas reales de nuestro espíritu» (Pablo VI).

Todo lo que humanamente aspiran y desean los hombres de nuestro tiempo encuentra cabal cumplimiento y satisfacción en el mensaje evangélico.

Aquí está la satisfacción para las inquietudes de la sociedad contemporánea.

El cristianismo le da respuesta a la triple angustia del hombre actual.

A la de la culpa, con el arrepentimiento y el perdón.

A la de la soledad, con la Comunión de los Santos.

A la de la muerte, con la resurrección.

*

En el cristianismo todo adquiere explicación y sentido.

El comprende, comparte y valoriza los sufrimientos de nuestro mundo.

Y respeta, redime y eleva todas sus cualidades.

*

La humanidad tiene que darse cuenta de que tenemos inquietudes y aspiraciones de seres humanos.

Tenemos que hacerle comprender al mundo

que trabajamos por su bienestar y por su bien vivir.

Que en el cristianismo encontrará la solución para sus problemas y las energías necesarias para llevarla a cabo.

Que vamos a salvarlo y no a condenarlo.

«Miramos a nuestro tiempo y a sus variadas y opuestas manifestaciones con una inmensa simpatía y con un inmenso deseo de presentar a los hombres de hoy el mensaje de amistad, de salvación y de esperanza que Cristo ha traído al mundo. «Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El (Jn. 3, 17).

«Que lo sepa el mundo: La Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y de salvarlo» (Pablo VI).

Quien no se apasiona con el mensaje contenido en el Evangelio es porque no lo conoce.

Si alguna vez se, acercó a él y pasó de largo, o estaba ciego o no se lo presentaron con clara autenticidad.

«¿Por qué el Evangelio, después de veinte siglos de ser predicado, no suscita la amistad del mundo, su acogida fácil, espontánea y gozosa ... ? Entre las muchas causas indicaremos una sola: la oímos de los labios de Cristo en los momentos de la agonía sobre la cruz. Es el momento en que la bondad de Cristo se derrama de una manera sublime, hasta conseguir cimas inalcanzables.¿ Qué dice desde la cruz? ¿Acaso condena a quienes lo han llevado al patíbulo? ¿Les

desea la ruina? Cristo habla con el Padre Celestial y ora en estos términos: «Señor, 'perdónales, que no saben lo que hacen.

«No saben... Se repite la misma cosa. Podremos descubrir en el drama del cristianismo, en el mismo drama de' Cristo que encuentra enemistades, oposición y hostilidad en el mundo, un fenómeno de ignorancia, es decir, de falta de conocimiento. No saben lo que hacen, quienes no quieren acoger a Cristo o se rebelan contra El...

«Procuren todos, si quieren ser cristianos, y, diríamos más, si pretenden permanecer en nuestra civilización, madurada por el cristianismo, si quieren ser coherentes con nuestra tradición, si se precian de ser hombres inteligentes, conocer a Cristo. Y conociendo a Cristo, hijitos, se experimenta un tumulto de pensamientos y quizá de problemas en la conciencia; quizá nos sentiremos reprobados por El, y sentiremos cierta inapetencia por Cristo que viene a acusarnos y a privarnos de .nuestra miserable paz humana; pero luego surgirá luminoso un gran consuelo, y podremos exclamar: "Señor, sólo Tú tienes palabras de vida 'eterna. Tú eres nuestro Salvador, la luz del mundo"» (Pablo VI).

La verdad de Cristo en sí misma es apasionante.

Mas es lo cierto que no apasiona a muchos.

En algunos casos será solamente por culpa del que la recibe.

Pero, en otros será, al menos en parte, sin duda, por culpa de quien la da.

“Cuántas veces, observando la irreligiosidad de nuestro tiempo y fijándonos en que, a pesar de tanto

trabajo, el fervor se ha conservado sólo en determinadas parcelas religiosas, me pregunto si no será un poco por nuestra culpa. Porque en lugar de dar lo esencial a este pueblo que nos mira y tiene necesidad de un testimonio más auténtico y más genuino, le hemos presentado un cristianismo irreal, exterior, facultativo, hecho a base de devociones» (Juan Bautista Montini, en 1957).

*

El mensaje es comprensible para todos los seres humanos.

Para el trabajador manual y el del intelecto.

Para el hombre del campo y el de la ciudad.

Para el niño y el anciano.

Para el adulto y el adolescente.

Para el hombre y la mujer.

Todos deben tener conciencia de haber sido invitados a participar en la redención universal, por medio de los actos que conforman la vida de cada persona.

En el cristianismo cada uno puede encontrar respuesta para sus problemas;

luz para sus dudas;

cumplimiento para sus aspiraciones;

horizontes para sus cualidades.

Tenemos que hacer que los que desconocen el cristianismo se den cuenta de que vale la pena.

Y los que lo conocen, de que siempre es nuevo.

Los alejados han de saber que es atrayente;

los profanos, que es respetable;
los estudiosos, que es profundo;
los sencillos, que es fácil;
los que sufren, que es redentor;
los ambiciosos, que es insuperable;
los jóvenes, que es hermoso.

*

El mundo está a la espera del mensaje de Cristo.

*

«Ofrecemos la forma de reeducar religiosamente a nuestro pueblo; de purificar y restaurar sus expresiones de culto y de piedad; de devolver la dignidad, el decoro, la sencillez, el buen gusto a nuestras ceremonias religiosas; sin esta restauración interior y exterior no es de esperar que la vida religiosa pueda sobrevivir largo tiempo en medio de las transformaciones de la vida moderna» (Pablo VI).

La campiña es fértil. Pero necesita ser cultivada.

«... debemos asegurar para la vida de la Iglesia una nueva forma de sentir, de querer, de comportarse; hacerle recobrar una belleza espiritual bajo todos los aspectos» (id.).

No se trata de un cristianismo nuevo, sino de un cristianismo renovado.

«Mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de «lía en día» (2 Cor. 4, 16).

Hemos de profesar nuestra fe en una forma trasmisible, actual, moderna, viva...

Y todo ello con una absoluta e indubitable fidelidad a los principios inmutables de la moral y el dogma.

Estemos convencidos de que, de acuerdo a las más estrictas exigencias de la fe, y justamente por éstas, podemos presentar el mensaje en una forma atrayente.

Más aún, el hombre moderno no nos aceptaría. Una fe adulterada para su mayor complacencia.

El mundo de hoy espera de nosotros un cristianismo consciente, fresco, gozoso, integral...

Vamos a dárselo.

Y, para esto, tenemos que aferrarnos a las verdades perennes. Y sólo a éstas.

Manteniéndonos fieles a lo permanente, tendremos madurez para juzgar acerca de las formas externas.

Asegurando lo sustancial, tendremos libertad de espíritu para decidir sobre lo que carece de importancia.

Buscando lo vital, tendremos conciencia de lo que pertenece al tiempo.

*

Existen expresiones y formas que devienen caducas al transcurrir los años. Todas ellas, tarde o temprano, son superadas, lo cual no debe constituir objeto de preocupación, sino estímulo para la originalidad e inmejorable

ocasión para desarrollar las energías acumuladas.

Al desarrollarnos, morimos a parte de lo que antes fuimos.

En un mundo que, en cultura, ideas y costumbres está cambiando de una manera radical necesitamos renovar las expresiones externas, los modos de existencia, los testimonios de vida.

Estos tienen que ser auténticos. Pero también tienen que ser comprensibles para los hombres de hoy.

«No cuanto pudo ser útil y aún solamente eficaz en siglos pasados, es dable rehacerlo tal como fue» (Pío X).

*

Cada época de la historia expresa el cristianismo según un estilo que le es propio, dentro de una misma vocación cristiana.
Hoy contemplamos

«... las manifestaciones de la inagotable y siempre joven vitalidad del cristianismo que se difunde en la Iglesia católica, las cuales hacen esperar todavía mucho de nuestro tiempo y demuestran la capacidad cristiana de expresarse y manifestarse que todavía tiene nuestra sociedad moderna» (Pablo VI).

El cristianismo de hoy es exactamente igual que el de los primeros siglos de nuestra era o el de la Edad Media, pero hoy debe ser vivido con un estilo diferente al de entonces, que sin

perder ni un adarme de la más estricta ortodoxia, corresponda, en fructífera ejemplaridad, a las características de este tiempo.

Han de utilizarse los modos de pensamiento y los signos de expresión propios de nuestro medio y de nuestra cultura.

Se precisan formas de divulgación acordes con la psicología de nuestros contemporáneos.

En este campo, ignorar los fenómenos que se van sucediendo es una inconsciencia.

Los principios no se oponen a los métodos modernos, ni a las fórmulas nuevas.

Los exigen.

*

El cristianismo es por esencia algo vivo, que no se estanca.

No es un peso que oprime, sino una raíz que da vida.

No es maquinal, ni pasivo. Es una fuente que brota hacia el porvenir.

El cristianismo es nuevo y perpetuo al mismo tiempo.

Su expresión, en cada uno de nosotros debe ser espontánea, original...

Austeramente y con interior generosidad, tengamos el estímulo de ser originales.

Lejos de nosotros la monotonía o el arraigo a lo caduco.

Siempre hay nuevas posibilidades. Hay que abrirse a ellas.

Podemos descubrir nuevas facetas en una misma inveterada verdad.

«Un observador superficial podría decir que el cristianismo es siempre igual: el que lo toca, lo quebranta; y el que lo transforma, lo deforma. Pero en su línea pedagógica, es decir, en la interpretación de estas verdades eternas, de este tesoro inmóvil y perenne que la Iglesia lleva consigo, se ve que esta necesidad, esta actitud y aspiración a la renovación, son continuos, como es continuo el retoñar de los árboles en la primavera.

«Es un fenómeno de espontaneidad, que la presente atmósfera de libertad, de culto a la personalidad, hace más vivo, actual y necesario. Y, mirándolo bien, esta necesidad, este deber -se podría decir- de renovación en la expresión espiritual, en el modo de vivir, en la sinceridad del testimonio, no es solamente una ley pedagógica y natural y una manera de ser de nuestro tiempo, sino que es algo reclamado por la misma religión que profesamos. No se puede profesar la religión cristiana por rutina, superficialmente; no, la religión debe ser un acto de corazón, de conciencia, de libertad, de lírica espiritual.

«Pero todo esto precisa un renacimiento continuo; como una fuente que mana continuamente; aunque siempre lanza el mismo chorro de agua, tiene una vivacidad de luces y de movimientos que encanta; así debe ser el alma cristiana, especialmente en la edad juvenil: rebosante de frescura, de espontaneidad, de gozo, de posibilidades, de expresiones -los mayores se quedan un poco atónitos- originales también y hasta un poco curiosas» (Pablo VI).

*

El cristianismo siempre es actual y siempre es fecundo.

Que nuestra actitud se corresponda con los tiempos que nos ha tocado vivir.

La ciudad de Dios actual tiene que ser moderna.
Un cristiano no puede dejar de ser un hombre de su tiempo.

Un hombre pendiente de las necesidades del momento.
Vivimos en el mundo moderno: seamos modernos.

*

Tenemos un compromiso con Dios: conjugar los principios del cristianismo con las necesidades de la sociedad contemporánea; lograr que aquello que hemos recibido de la tradición cristiana se hermane en íntima relación con todo lo bueno, que es mucho, que posea la vida moderna.

El mundo actual está poseído de exigencias legítimas, que como tales son cristianas, las cuales es necesario compaginar con un cristianismo, que, sin perder autenticidad, les dé forma en afán de plenitud.

Para esto es preciso enfocar el problema teniendo por mira, exclusivamente, el supremo interés de los principios inmutables del mensaje evangélico; y, a la vez, conocer cabalmente y con buena disposición de ánimo las oportunidades, los sufrimientos y las virtudes de nuestro tiempo.

La tradición cristiana nos suministra un rico patrimonio de fe, una y otra vez transmitida; de caridad, enarbolada a lo largo de todos los tiempos; de conocimientos teológicos

indestructibles; de obras de arte y literatura siempre vigentes; de santidad, en su multiforme gama de posibilidades.

La actualidad cristiana nos suministra un rico arsenal de realizaciones maravillosas, en el mundo de la ciencia y de la técnica, del trabajo, de la industria, de la cultura ...

He aquí nuestra tarea: armonizar tradición y actualidad en una sola esperanza.

CONSTRUCTORES DEL MUNDO NUEVO

No sentimos nostalgia por el pasado.

Por ningún pasado.

Ni busquemos en el pasado la «edad de oro». No está allí.

Ella es la que nosotros contribuimos a construir.

No nos fijemos en lo que sucedió, sino en lo que va a suceder.

Aquello ya no depende de nuestra acción.

Y esto, sí.

«Para un alma cristiana que valora la historia con el espíritu de Cristo no puede haber cuestión de vuelta al pasado, sino sólo del derecho de avanzar hacia el porvenir y de superarlo» (Pío XII).

Y éste, rico en promesas, nos traerá aún más novedades de las que se suceden en el presente. Hemos de estar preparados.

Hay que romper la circunferencia de los pormenores de hoy para proyectar, a punta de lanza, arreos y guarniciones hacia la conquista de la posteridad.

No se trata de sacrificar el día de hoy, laborando sólo para el día de mañana.

Ni de restringir el día de mañana, malgastando el día de hoy.

Se trata de aprovechar el hoy y el mañana, viviendo integralmente ahora con la mirada puesta en lo que vendrá después.

*

Los hombres del pasado no son simples peones en la construcción del presente, ni la función de éste consiste nada más que en preparar la sociedad futura.

Las generaciones que pasan son algo más que precursoras de las generaciones posteriores.

En cada época viven personas humanas igualmente dignas.

No tiene más importancia un astronauta que un hombre de las cavernas.

Todos los hombres están a la misma distancia de la eternidad.

Mas, en ningún momento de su historia sobre la tierra el hombre ha permanecido sólo en el presente. Dios le dijo al comienzo: «someted

la tierra y multiplicaos». Y con este mandato lo lanzó en tensión hacia el futuro.

Y éste no nos será entregado. Tenemos que conquistarlo.

«Olvidando el camino recorrido, voy derecho hacia adelante, con todo mi esfuerzo, y corro hacia adelante teniendo ante la vista el premio que Dios nos invita a recibir, en Cristo Jesús» (Fil. 3, 1314).

*

Somos creadores de la historia.

No nos preguntemos cómo ésta nos domina, pues al hacerlo viviríamos con un siglo de atraso.

Preguntémonos, sí, cómo podemos dominarla.

No somos súbditos de nuestro tiempo, sino dueños de él.

No estamos a un costado de la historia. Estamos, sencillamente, dentro de ella.

Por tanto, somos responsables.

La cuestión es simple: hagamos la historia.

No disculpemos nuestras faltas por la responsabilidad que le corresponde a las generaciones pasadas.

Ni dejemos el remedio de nuestros males en manos de las generaciones futuras.

*

No podemos vivir con atraso la hora presente.

Tenemos que estar a la altura de nuestro tiempo.

Nunca nos será lícito perder el contacto con las corrientes históricas de la humanidad.

Hemos de rastrear el sentido que éstas llevan para elevarlas hacia Dios.

Son las inquietudes y aspiraciones de nuestro tiempo las que han de ser sublimadas.

Nuestro deber es atender a las exigencias que la época actual nos presenta.

Si vivimos en el siglo xx es para resolver los problemas del siglo xx

*

Los cristianos de hoy tenemos la obligación de tomar en nuestras manos la antorcha de la justicia y de la libertad.

Nuestro papel no es el del bombero que apaga el incendio propagado durante su ausencia.

Tenemos que ser la llama que encienda, aquí y allá, los focos donde ardan, sin consumirse, las sanas o sanables inquietudes del mundo contemporáneo.

Más que remedio que cure, hemos de ser acicate que inspire y aliente.

No podemos mantenernos al margen de los procesos que configuran el mundo del presente y encauzan la vida del futuro, ni aún dentro de esos procesos, permanecer inactivos, sujetos a la fuerza de corrientes que arrastran con facilidad.

Con paso seguro y firme, el cristiano debe

ser promotor de la historia y guía de los grandes movimientos de la historia

El debe darles origen y, orientándolos, procurar su consecución.

No es cosa de aguardar a que se produzcan los acontecimientos. Nuestro deber es producirlos

*

Aceptemos con alegría nuestra responsabilidad.

Nos ha tocado vivir una época extraordinaria.

Muchos son los problemas. Pero muchas son también las oportunidades de resolverlos.

Hay razones para la preocupación. Pero también las hay para la esperanza.

Tiene que ser motivo de orgullo el poder contribuir a las grandes tareas del momento.

Cada cual debe completar su existencia en la hora que le corresponde.

Para cada uno su época debe ser la mejor época.

Y esta es nuestra época. Este es nuestro mundo. Esta es nuestra vida.

Tenemos que amar a cada uno de los días. Ellos son creaturas de Dios.

Y al propio trabajo.

Y el sitio donde éste se desarrolla.

Y el lugar donde vivimos: sus calles, su campo, su cielo.

Tenemos que amar a nuestro pueblo.

Y a nuestro mundo.

Caminemos hacia la meta que nos fija la historia con tranquilidad interior, con razonada ilusión, amando a nuestro tiempo, en sus personas y en sus cosas.

«Sed positivos, sed constructores del mundo nuevo, que el progreso teórico y científico nos puede conseguir. Es decir, en lugar de odiar y maldecir a la sociedad en la que la providencia nos ha situado, tratemos de comprenderla, de servirla, de curarla y amarla. Imprimid serenidad, esperanza, vigor y alegría a vuestros pensamientos» (Pablo VI).

Tenemos que conocer al mundo de hoy.

Y comprenderlo.

Y amarlo.

Y defenderlo.

Esta es

«...la postura de la Iglesia con relación al mundo moderno: actitud de comprensión, de atención, de admiración y amistad» (Pablo VI).

Sintiendo con él, tenemos que amar apasionadamente a nuestro tiempo.

EL OPTIMISMO DE LA FE

Escepticismo. Desesperación. Por doquier existen debilidades y miserias. El mundo ha sido siempre así. No vale la pena. Los que creen lo contrario son unos soñadores, unos idealistas, unos ingenuos.

Con todas nuestras fuerzas tenemos que revelarnos contra una posición semejante.

Como cristianos, tenemos que oponernos a toda visión pesimista del mundo y de la vida.

El aire de los tiempos tiene un fragor de esperanza.

Cuanto más imperiosa se presenta la necesidad de transformar la sociedad, tanto más imprescindible se hace la toma de conciencia de que la transformación es posible.

« ¿Para qué actuar si todo está perdido?»,

« ¿Para qué actuar si todo está ganado?». »

Ambas actitudes son igualmente negativas.

Ni todo está perdido, ni todo está ganado.

¿Para qué luchar? Un cristiano no puede preguntarse: «¿para qué?».

Lo sabe: Para la gloria de Dios y la felicidad del hombre.

Un cristiano no puede resignarse ante los males sociales ni mostrarse pesimista frente al futuro de la sociedad.

Muchos amparan su desidia en lo que consideran, equivocadamente, que es la voluntad de Dios, cuando no se trata sino de la voluntad de unos hombres.

Y el pesimismo muchas veces no denota sino cansancio.

Quien tiene voluntad de lucha no puede ser pesimista.

*

Somos conscientes de la desconfianza que separa, del odio que divide, del egoísmo que excluye, del utilitarismo que degrada.

No negamos que es frecuente que prevalezca el error sobre la verdad, el odio sobre el amor, la desidia sobre la acción, la materia sobre el espíritu, la utilidad sobre el deber, el crimen sobre la ley, el egoísmo sobre la comunidad.

Ni desconocemos el desequilibrio existente entre la conducta que se practica y la fe que se profusa.

El mal es inevitable. Pero son muchos los males que pueden evitarse.

Y en esta tierra ninguno es irremediable. No podemos amedrentarnos frente a las dificultades.

Ni adormecemos frente a las situaciones fáciles.

La realidad ofrece problemas: nuestra misión es colocarnos en medio de ellos, enfrentándonos a la realidad de la vida tal como es: egoísmo y amor; misterio y claridad; carencia y satisfacción.

*

Cuando nos planteamos un problema ya comienzan a existir las condiciones para resolverlo.

Por de pronto, el mero hecho de conocerlo en sus justos términos y familiarizarse con él, representa un apreciable paso hacia su solución.

Los problemas que confronta el mundo actualmente no pueden ser subestimados. Son muchos y muy graves.

Pero es necesario estar alerta ante los juicios que no se basan en la realidad, sino en el ejercicio de la imaginación.

Ciertamente, el mundo transita por rutas que pueden llevar al abismo a civilizaciones y pueblos.

Pero todavía estamos a tiempo. No es demasiado tarde.

Las dificultades nunca son invencibles.

No todos los problemas podrán resolverse, pero todos podrán mejorarse.

No será de la noche a la mañana. Pero será.

No podremos solucionar todos los casos individuales que afectan a cada uno. Pero sí podremos crear las condiciones en las cuales cada uno pueda arreglar su propio caso.

*

Si conocemos los problemas y estamos dispuestos a resolverlos, ellos podrán resolverse.

Con la ayuda de Dios, es posible.

«Lo que es imposible para el hombre es posible para Dios»
(Le. 18, 27).

Con la gracia, podremos renovar la faz de la tierra.
Lo que no podamos hacer, dejémoslo en manos de Dios.

«Entrad mar adentro y lanzad las redes» (Le. 5, 4).

Dios nos pide que lo ayudemos estando presentes en la historia. El hará lo demás.

Cuando nuestra actividad realiza la voluntad de Dios en el mundo colaboramos con Dios. Somos, entonces, los brazos de Dios; una extensión de la Providencia.

Nuestra causa es también Su causa.

El actúa en nosotros, por nosotros y con nosotros.

«Ha hecho por mí cosas grandes Aquél que es poderoso»
(Lc. 1, 49).

Sin Dios nada podemos.
Pero con Dios lo podemos todo.
En El está nuestra fuerza.

«Todo lo puedo en Aquél que me conforta» (Fil. 4, 13).

*

Desde el punto de vista simplemente humano, es lógico enfrentarse al futuro con pesimismo. Pero con la visión de Dios, tenemos que adentrarnos en aquél con alegría.

Dispuestos a ganar, o a perderlo todo, menos la gracia.

Seguros de que triunfaremos.

En la lucha sólo nos corresponde una mentalidad: la del futuro vencedor.

«Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Jn. 5, 4).

Si el mal es grande, mayor es nuestra esperanza.

Vivamos con el optimismo que se deriva de mirar con esperanza hacia el porvenir.

Es el optimismo de la fe.

« ¡Abríos a la esperanza! »,

En el drama de la vida no podemos apreciar nada más que los efectos inmediatos de las acciones humanas. A la larga, las últimas consecuencias siempre coadyuvan al triunfo del bien.

La verdad tiene su momento. Esta es una realidad inexorable.

Vivamos y muramos en la seguridad de que tarde o temprano la verdad se impone.

Los errores dan lugar a fructíferos hallazgos.

Y aún la misma derrota puede ser un presagio de victoria.

Dios convierte las pérdidas en ganancias.

Tanto nuestras realizaciones positivas como nuestros fracasos son aprovechables como material de construcción del Reino de Dios.

Los progresos del Cuerpo Místico ante nuestra vista pueden aparecer como lentos. Pero siempre se presentan como ciertos.

La Iglesia crecerá hasta abrazar toda la tierra.

El amor es más fuerte que el odio y a la postre, el amor triunfará definitivamente.

Por grandes que sean los males que nos aquejan, más grande es el triunfo de Cristo.

Cristo no puede fracasar.

Pase lo que pase, Cristo saldrá vencedor.

*

Nuestra esperanza debe ser semejante a la de los primeros cristianos.

Por adversa que sea la situación en la que nos encontramos hoy, ésta nunca será peor que la que tuvieron ellos que enfrentar.

Por anticristianas que puedan ser las estructuras actualmente, no lo serán tanto como las de la antigüedad.

«Los cristianos de hoy no se hallan en condiciones más desfavorables que sus antepasados, los cuales

llegaron por la fe a superar las contradicciones de su época»
(Pío XII).

Con la ayuda de Dios, los primeros apóstoles cristianizaron un mundo más pagano que el actual.

La ayuda de Dios existe también en nuestro siglo.

Si los bárbaros fueron cristianizados, igualmente lo podrán ser los hombres de hoy.

No existe situación en donde no pueda florecer la santidad.

El medio ambiente es influyente, mas no determinante. Es más: su misma influencia puede ser superada, dominada y transformada.

No hablemos de la ruina del mundo.

Pongámonos a trabajar para mejorarlo. Tenemos una obligación que cumplir. Pero no la cumpliremos lamentándonos.

Los lamentos no tienen ninguna eficacia.

«No lamentos, sino acción, es el precepto de la hora presente» (Pío XII).

No pueden perderse energías recontando fracasos y tabulando errores.

¿Qué utilidad tiene la crítica cuando hay tanto trabajo?

Enfrentémonos a los hechos tal como son.

Y actuemos.

Si somos fermento, la masa necesariamente tarde o temprano, subirá.

Puede que los cambios no se produzcan de inmediato. Pero, aunque el trabajo sea lento siempre es seguro.

Ninguno de nuestros esfuerzos dejará de producir consecuencias saludables.

«No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos» (Gál. 6, 9).

Vivamos con el inquebrantable convencimiento de que aquello que plantemos algún día dará sus frutos.

Aun cuando no veamos la espiga florecer, en cada surco hay una semilla que mañana tornará en mies.

*

Veamos los sufrimientos, las deficiencias y necesidades, el mal en toda su extensión y profundidad, el drama envuelto en cada situación de dolor.

Pero, al mismo tiempo, veamos también los movimientos que, tal vez imperceptible sin una especial atención, Dios inspira en el seno de la sociedad para transformarla.

Veamos una sociedad corrompida, pero tengamos la certeza de que podemos sanarla.

Veamos un mundo dormido, pero tengamos decisión de despertarlo.

Hay que desterrar toda concepción pesimista sobre el futuro del hombre, para darle cauce a una idea positiva impulsada por un entusiasta afán de construir.

Sabemos que todo remedio es difícil.

Y no nos importa.

Es más: si construir no es fácil, ¡tanto mejor!

LA VOCACION PERSONAL

Una enorme fuerza reposa en el espíritu humano. ¿Hemos hecho lo, suficiente para sacarla a flote?

Nuestra capacidad de hacer el bien es mucho mayor de lo que, a primera vista, podemos preveer.

En cada corazón humano alienta una pequeña llama que es posible avivar.

Hay que descubrir aquellas fibras escondidas en el interior de cada alma para llevarlas a la superficie.

Hay que encontrar lo bueno que existe en cada persona y después construir sobre esa base.

En cada ser humano vive una aspiración hacia lo justo.

Y un deseo de cosas buenas.

Siempre se puede rectificar el camino y darle un sentido a la vida.

«En la naturaleza humana jamás se destruye la capacidad de vencer el error y de abrirse paso al conocimiento de la verdad. Ni le faltan jamás las ayudas sobrenaturales de la Divina Providencia» (Juan XXIII).

Todo hombre es redimible.

Todo hombre puede adquirir una nueva estatura en la dimensión espiritual.

«Si éstos han podido ser santos, ¿por qué no yo?» (San Agustín).

No existe ningún hombre, en ningún lugar del mundo, que no pueda ser santo. Ahora mismo. Basta con que lo quiera.

Todo hombre puede convertirse en el hombre nuevo que la sociedad actual requiere para transformarse.

En cada ser humano hay un apóstol en potencia.

Nadie se satisface con recibir.

Aspiramos a dar.

Todos podemos ser héroes.

Es Dios quien ha depositado en cada alma una semilla de grandeza.

*

Como sustancias, eso que llamamos «las clases», «las masas», «el público», «el pueblo», no existe.

Existen hombres.
Hombres de la misma importancia.
En esencia, todos somos iguales.
Ninguno vale más que otro: cada uno es una imagen de Dios.
El más «insignificante» de los seres humanos vale más que el universo entero.
Este es extraordinariamente grande, pero carece de alma.
Nosotros somos pequeños, pero podemos conocerlo y amarlo.
No le restemos a nuestro ser la importancia que Dios le ha concedido.
Para Dios la importancia de cada hombre es infinita.

*

El cristianismo eleva la dignidad natural de la persona humana a una dignidad sagrada, al dotar a los hombres de la vocación cristiana de hijos de Dios y hermanos de los hombres.

Estamos en el mundo para desarrollar en él nuestra vocación a la plenitud de la vida del espíritu.

«Sólo hay... una esperanza, la de vuestra vocación»
(Ef. 4, 4).

Esta es la vocación fundamental, para todos los miembros de la humanidad: la de ser cristianos.

Esta es la más grande de las vocaciones humanas y, al mismo tiempo, la más humana de las vocaciones.

Cada uno posee, además, una vocación personal.

El mundo es el campo de Dios, donde cada uno tiene su parcela para trabajar.

Todos tenemos un puesto, señalado por la propia vocación.

De ahí que debemos conocerla.

Y después, seguirla, cueste lo que cueste.

«Hágase tu voluntad»: que cada uno pueda realizar su vocación personal.

«Cada uno persevere en la vocación a la que ha sido llamado» (1 Cor. 7, 20).

Con una vida cristiana siempre fresca y siempre nueva, decididos y alegres, pase lo que pase, respondamos a la llamada de Dios.

Que estemos siempre en el punto en donde converge Su voluntad con nuestra acción.

Actuamos en Su nombre cuando realizamos lo que El quiere de nosotros.

*

Dentro de una zona limitada por los principios inalterables de la moral e iluminada por la luz radiante de la fe, cada uno debe ir hacia la meta final por su propio camino.

Cada uno debe abrir el suyo.

Y, con la misma fe de Abraham, empezar a recorrerlo.

El que no comienza a caminar no corre el riesgo de equivocarse, pero tampoco adquiere la posibilidad de fructificar.

La vida es un riesgo.

No podemos detenernos.

Aun el descanso tiene que realizarse caminando.

Hay que «configurar el futuro en el curso mismo del caminar» (Guardini).

Desde cualquier punto de la existencia parte un camino hacia la felicidad.

Todos los caminos van hacia Dios. Pero no hay dos caminos iguales.

A cada uno Dios le ha señalado un camino exclusivo.

Ese y no otro.

El propio y no el ajeno.

En este sentido, escuchemos el reclamo:

«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar»
(Antonio Machado).

La ruta, a veces será áspera, a veces será suave, pero siempre tendrá el inefable encanto de lo personal.

*

Desarrollémonos sin dejar de ser nosotros mismos.

Sintámonos orgullosos de ser lo que somos.

No estamos en el mundo por casualidad.

La individualidad de cada uno no puede ser absorbida por ningún ser superior.

Ningún hombre es un ente anónimo.

Ningún hombre es simplemente un número cualquiera dentro de un gran complejo.

Cada uno posee un alma singular, con su peculiar y única historia.

Cada uno es el protagonista de su propia vida.

Cada hombre es un ser contingente, pero al mismo tiempo un ser insustituible.

Dios quiere algo de cada uno de nosotros que solamente cada uno de nosotros puede realizar.

Las circunstancias que rodean la vida de una persona son propias de esa vida y de ninguna otra.

Por esto, todos tenemos una misión personal y exclusiva que no puede ser cumplida por nadie más.

Dios nos la asigna y nos otorga la ayuda necesaria para llevarla a cabo.

Por lo menos una persona está esperando, como en una carrera de relevos, que le llevemos la luz.

Mientras vivimos en la tierra, Dios espera «algo» de nosotros.

Estamos vivos: «algo» tenemos que hacer.

Y lo que dejemos de hacer, se dejará de hacer por toda la eternidad.

*

Cada misión es necesaria.

Y sólo Dios sabe cuál es más trascendente.

Sólo El conoce qué acontecimientos de la historia redundan en mayores beneficios para el engrandecimiento de su Reino.

Cada acto tiene un Valor.

Y cada misión cumplida genera sucesivas misiones.

Por sí mismos, una piedra es más importante que un grano de arena. Pero ese mismo grano de arena puede ser el inicio de una serie que, a la postre, resulte mayor que otra que termina con aquella piedra.

De hecho, ninguna acción, ni ninguna obra realizada por un ser humano es indiferente.

Todas las cosas tienen un sitio en la edificación del Reino de Dios.

Y todas nuestras actuaciones pueden ser un medio en el camino hacia Dios.

Cada acción presente transforma el porvenir.

Necesariamente, durante nuestro paso por la vida hacemos al mundo un poco peor o un poco mejor de lo que estaba antes.

Necesariamente.

Por el hecho de que existimos, el mundo será distinto hasta el fin de los tiempos.

Los siglos futuros dependerán, al menos en algo, de lo que hagamos o dejemos de hacer hoy.

Construimos o destruimos. Estamos edificando la ciudad.

Decididos a que el mundo sea mejor por haber pasado nosotros por él, al final de nuestras vidas debe ser menor la distancia entre lo que es y lo que debe ser.

*

La tarea es obra de todos.

Nadie es inútil.

Todos podemos hacer algo por el bien del mundo.

Nadie puede excluirse por su cuenta sin desertar de su propia vocación.

Al nacer, cada hombre contrae obligaciones con todos los hombres.

Nadie puede desvincularse del destino de la humanidad.

Todos somos responsables por él.

Y ninguno puede ser reemplazado en su responsabilidad personal.

La humanidad nos necesita a todos.

Hay que extender el campo de visión hacia lo planetario.

Y acoger, tomando como propias, las inquietudes y esperanzas de todos los pueblos.

En ningún lugar de la tierra podemos sentirnos extraños.

No limitemos el horizonte.

Nuestra misión no tiene fronteras.

Proyectemos nuestra actuación hacia el universo entero.

Ideales, pensamientos, actos y labores deben estar impregnados de un claro y profundo sentido de universalidad.

Pertenecemos a la única religión que aspira a extenderse a todo el mundo y a todos los tiempos.

El cristianismo representa una invitación a participar en una misión de carácter universal.

«Cristo también necesita de sus miembros... quie-

re ser ayudado por los miembros de su Cuerpo Místico en el desarrollo de su misión redentora» (Pío XII).

Podemos participar en la empresa más importante que haya sido concebida jamás: la redención de toda la humanidad.

*

En este orden, ante El la obra que tiene más valor es la que se efectúa al realizar la propia vocación.

Una vida dedicada a la transformación temporal del mundo puede tener tanto valor como otra dedicada a orar.

Los laicos tenemos un compromiso temporal al que no podemos renunciar.

Hemos de ser fieles a nuestra vocación terrena por exigencia de nuestra vocación cristiana.

Cristo fue sacerdote.

Y tuvo también una vocación terrena: una vida familiar, profesional y social.

En el cumplimiento de nuestra vocación temporal estamos cristianizando al mundo.

Colaboramos con Cristo en la construcción de una realidad cristiana.

Nuestra actividad realiza una parte del mundo cristiano integral y definitivo.

En todo trabajo - aunque fuere el más «humilde» - también se construye el mundo.

*

No somos espectadores en el drama.

Estamos en la escena.

Y tenemos la imperiosa necesidad de cumplir nuestro papel.

Cada quien el suyo. Ya sabemos que no son intercambiables.

Estemos satisfechos del que nos toca desempeñar.

Las proyecciones del espíritu le otorgan al espacio en el cual desenvolvemos nuestra vida diaria una dimensión inconmensurable.

Toda la Providencia de Dios se proyecta en el punto en donde nos encontramos en cada instante.

Es en el lugar, donde Dios nos ha llamado a vivir y a dar frutos, en el que debemos consagrarnos a la salvación de la humanidad.

Podemos adelantar la regeneración del mundo desde los mismos sitios en que nos encontramos.

«No es necesario salir del propio sendero para hacerse bueno. Basta permanecer, afianzarse allí; es suficiente dedicar a las funciones específicas la atención y fidelidad que hacen al hombre probo, honesto, justo, ejemplar; lo que comúnmente llamamos, pero hay que darle peso a esta palabra, un hombre bizarro, un «gentleman» (Pablo VI).

El santo es aquel que logra actualizar la potencialidad espiritual que existe en cualquier actividad ordinaria, en lo común, en lo que está al alcance de todos.

«El santo es aquel que cristianiza en sí mismo todo lo humano de su época» (Teilhard de Chardin).

Así como no son necesarios grandes crímenes para hundir a la sociedad, es suficiente para ello con las pequeñas debilidades una y otra vez repetidas en el conglomerado, asimismo no son menester heroísmos espectaculares para transformar al mundo.

Basta con lo ordinario, extraordinariamente hecho.

No se trata de hacer más cosas, sino de hacerlas mejor.

Cuando en las guerras y sucesos semejantes se desatan los instintos, entonces nos damos cuenta de las vallas construidas por la actitud de personas corrientes en la vida diaria.

Los más grandes problemas pueden resolverse sumando el esfuerzo de muchos.

Todos tenemos tiempo de hacer el bien.

Sin realizar nada fuera de lo ordinario sin salir a otros lugares, sin tratar a nuevas personas, en cada vida tranquila, en cada historia sencilla, sin aventuras ni misterios, allí puede desarrollarse un inmenso caudal de transformación.

Es incalculable lo que una persona puede hacer.

Grandes perspectivas pueden encerrarse en modestos comienzos.

Son ilimitadas las posibilidades de actuar.

En verdad, no son muchos los que hacen falta para transformar el mundo, si realmente están dispuestos a hacerlo a cualquier precio.

Quizá lo que; se necesite sea agregar, a las que ya existen, algunas personas decididas.

Dios Padre espera que al final de nuestros días podamos decirle como Cristo:

«Te he glorificado sobre la tierra consumando la obra que me encomendaste» (Jn. 17, 14).

LAS ARMAS DE LA LUZ

El cristiano no puede desaprovechar su condición de miembro del Cuerpo de Cristo, constituyendo un factor negativo en su desarrollo o conformándose con una pasiva neutralidad.

El cristiano tiene que ser un elemento activo en la corriente que brota del costado de Cristo y se dirige con ímpetu arrollador hacia el fin del mundo.

«... la humanidad entera (está) arrastrada por la ola auténtica y eficaz de la redención» (Pablo VI).

La vida es una aventura de amor.

Es una marcha grandiosa en la que hombres y cosas se dirigen hacia Cristo.

Allí van estrellas y galaxias, animales y flo-

res, esculturas, probetas, computadores, escritorios, pentagramas y cuadros, automóviles y cohetes interplanetarios...

Estamos proyectados hacia la resurrección. Somos peregrinos y militantes.

*

La fe no puede ser aceptada tranquila y pasivamente.

Hemos de abrazarla en firme profesión activa y vital, y sin abandonar _nunca lo que ha de ser característica de nuestra sicología: la seguridad de poseer la verdad, fundados, con humildad, en la palabra de Dios.

La verdad ayuda a la fraternidad, como la fraternidad ayuda a la verdad.

«Bienaventurados los que creyeron» (Jn. 20, 29).

Nunca como hasta ahora se había visto con mayor claridad la influencia de las doctrinas en el proceso de los fenómenos sociales.

Las ideas constituyen las raíces que le suministran fuerza a las corrientes de la historia.

No hay lucha que, en el fondo, no tenga un carácter ideológico.

Es cierto que

«toda civilización es siempre el reflejo de una teología»
(Donoso Cortés).

Quien domine las mentes dominará el mundo.
Quien siembre ideas cosechará acciones.

Y precisamente por esto

«la formación cristiana de la generación actual, en este mundo en plena transformación, está en el primer plano de las preocupaciones de la Iglesia» (Pablo VI).

Tengamos la seguridad de que aquella frase: «los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz» (Le. 16, 8), en ningún caso constituye un precepto.

«La luz resplandece en las tinieblas» (Jn. 1, 5).

«Ir a la zaga en el terreno de las ideas puede constituir un hecho; pero no es una virtud» (Suhard).

El mundo moderno necesita de un significado y de un espíritu. Tenemos que dárselo.

«El apostolado primordial en la encrucijada en que nos encontramos es el del pensamiento. La Iglesia se encuentra en este cambio de dirección donde puede perderlo todo o ganarlo todo, según la espiritualidad que proponga a la humanidad» (Suhard),

*

Quien lleve la luz en la penumbra tiene que vivir con un profundo sentido de misión.

Si su vida no está concebida como una misión será una vida incompleta.

No puede quedarse en los principios: el más acuciante de éstos es aquel que exige llevarlos a la acción.

Los conocimientos han de gastarse en la acción.

No nos basta entender e interpretar la realidad.
Por voluntad de Dios, debemos también transformarla.
Para esto estamos en el mundo.

*

Un cristiano inactivo no es un cristiano.
El propósito ha de traducirse en promesa y ésta ha de convertirse en acción.
El cristianismo es incompatible con el reposo.
El cielo y la tierra hay que conquistarlos.

«Los perezosos no conquistan la tierra ni arrebatan el cielo»
(Pío XII).

El cristiano es un hombre humilde.
Pero no débil.
La bondad, que es enérgica y eficaz, no significa blandura.
Algunos creen que «los pobres de espíritu» son los pusilánimes, los cobardes, los débiles. Grave equivocación.
Esos no son bienaventurados.
El cristianismo exige, por el contrario, coraje, valentía y fortaleza.
Pobres de espíritu son aquellos que no tienen el espíritu en las riquezas, ni las riquezas en el espíritu.
Son los insatisfechos. Los que desean llenar su alma de eternidad.

Sus espíritus están pobres porque todavía no están totalmente llenos de Dios.

El cristianismo es una fragua de heroísmo y de coraje.

En él, cualquier renuncia no es inerte, sino activa.

Así,

«...la vida religiosa exige hoy fortaleza; quizá ayer fuese el refugio de muchas almas débiles y tímidas; hoy es la palestra de almas fuertes, constantes y heroicas» (Pablo VI).

*

Con una prudente osadía, fijémonos objetivos concretos.

Y así, paso tras paso, llegaremos a la meta, en la conciencia de que todo triunfo no es más que un punto de partida.

«Es preciso hacer bien el bien» (Pío XI).

Estemos siempre en la vanguardia del Reino de Dios.

Allí donde sea necesario, tenemos que ser pioneros.

El apostolado también los necesita.

Excepto la gracia, podemos arriesgar todo lo demás.

*

Hemos sido enviados por Dios para dar testimonio de la Verdad.

A nosotros también Cristo nos dijo:
«Seréis mis testigos» (Hech. 1, 8).

Somos guardianes y propagadores de la buena nueva.
A nosotros también Cristo nos dijo:
«Vosotros sois la sal de la tierra ... , vosotros sois la luz del mundo» (Mt. 5, 13-14).

Somos jornaleros en la obra de la santificación de la humanidad.

A nosotros también Cristo nos dijo:
«Alzad vuestros ojos y mirad los campos, que ya están amarillos para la siega» (Jn. 4, 35).

Somos misioneros en la gran operación universal.

A nosotros también Cristo nos dijo:
«Id, pues, y enseñad a todas las naciones» (Mt.28, 119).
«Id por el mundo y enseñad el Evangelio a toda criatura» (Mc. 16, 15).

Somos mensajeros de Dios.

A nosotros también Cristo nos dijo:
«Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros» (Jn. 20, 21).

Es Cristo quien nos invita a colaborar con El en la transformación del mundo.

Se trata de una tarea a realizarse a lo largo

de toda la tierra y penetrando todas las estructuras.

El camino es fuerte.

Es un privilegio emprenderlo y razón de legítimo orgullo transitar por él.

La conciencia de nuestra responsabilidad debe infundirnos en el espíritu una dinámica inquietud.

Tenemos que estar insatisfechos, pero no agotados, ni exhaustos.

En el infortunio no podemos desesperar, seguros de que si perseveramos, venceremos.

Hay que entrar en la lucha con paso firme y disposición constante.

«... gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación»
(ROM. 12, 12).

El que tiene arrestos para comenzar, ante las dificultades de la obra emprendida no tiene derecho a desfallecer.

Es necesario el guía que muestre audacia en el peligro y valentía en la adversidad.

Si algo falla, hay que tomar el hilo donde se rompió, con firme y renovado entusiasmo, y comenzar otra vez.

A pesar del desaliento que pueda amenazar, es imprescindible combatir.

La inercia no se vence sino con un trabajo mayor.

No nos podemos detener.

La lentitud de uno solo retrasa todo el convoy.

«Los que confían en Yavé... vuelan velozmente sin cansarse y corren sin fatigarse» (Is. 40, 31).

*

Antes de ser mensajeros de Cristo hemos de vivir el cristianismo.

«Nunca, en ningún caso, "que comáis o que bebáis", consintáis en hacer nada que antes no reconozcáis tenga... un valor y un significado constructivo en Cristo Jesús» (Teilhard de Chardin).

La fe y la vida, conscientemente deben constituir una sola cosa.

Cuando esto sucede la vida es todavía más vital.

«Para los que buscan a Dios nada es bueno de manera inmediata, pero todo es susceptible de llegar a serlo» (id.).

La transformación del mundo tiene que empezar por nosotros mismos.

De lo contrario, no habrá transformación.

«Transformarnos con la renovación de vuestro espíritu» (Rom. 12, 2).

Cuando atacamos al enemigo con sus armas, ya estamos vencidos.

«Dios y sólo Dios es lo que se persigue a través de la realidad de las criaturas. Para el cristiano, el interés se halla verdaderamente en las cosas, pero en

dependencia absoluta de la presencia de Dios en ellas»
(Teilhard de Chardin).

Hemos de ser dueños de nuestros actos para poder ofrecerle la creación a Dios.

Para habitar en el mundo el Verbo tiene que hacerse carne en nosotros.

La salvación del mundo no la obtendremos gratuitamente.

Tenemos que pagar el precio del sacrificio.

Cristo ya pagó el suyo.

Falta el nuestro.

No busquemos tanto la explicación de los pecados como la absolución de ellos.

Nunca habrá perdón sin arrepentimiento, ni gloria sin méritos propios.

Busquemos menos los consuelos del cristianismo que sus exigencias.

Cuando se empieza buscando a Cristo sin la cruz se termina por hallar la cruz sin Cristo.

*

«Envía tu Espíritu para darnos nueva vida, y renovarás la faz de la tierra» (Sal. 103, 30).

A más actividad, más interioridad.

«Quien permanece en mí y yo en él, dará muchos frutos» (Jn. 15, 5).

Donde no hay tiempo para hablar con Dios, acabará habiéndolo para denigrar de El.

«...que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor»
(Prefacio).

Orando se multiplican las energías, se alegra el ánimo y se asegura la voluntad contra el desaliento y la desesperanza

«Trabaja como si todo dependiera de ti; ora como si todo dependiera de Dios» (San Ignacio).

«Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiera divinos, y los divinos como si no hubiera humanos»
(Gracián).

Hay que pedir y trabajar «por nuestra salvación y por la del mundo entero» (Ofertorio), la de todos los hombres y la de todas las cosas.

La solidaridad del cristianismo es universal.

Estamos ligados a toda la creación.

Al unirnos a Cristo nos unimos entre nosotros.

Sintámonos solidarios de la actuación de los cristianos del presente, del pasado y del futuro.

Digamos: «hoy, hacemos... » ; «en el siglo I, hicimos ... »;
«en el siglo XXI, haremos ... »,

El futuro, el pasado y el presente han de concordarse en un solo haz de realizaciones.

También aquí «la unión hace la fuerza».

Nos es más fácil ser audaces cuando nos sentimos acompañados en la empresa.

Cooperamos unos con otros.

Todas las acciones, en mayor o menor grado, nos pertenecen a todos.

En cada acto bueno realizado por cualquier

ser humano, en cualquier tiempo y en cualquier lugar, tenemos una participación

*

«El que no está contra vosotros está con vosotros»
(Le. 9, 50).

Llamemos a la gran empresa por realizar a todos los hombres de buena voluntad.

Todos pueden hacer algo.

Su labor también es imprescindible.

Procuremos que, para el bien general, pongan de manifiesto los talentos naturales que Dios les ha otorgado.

Reconozcamos la parte de la verdad que poseen y démosles aliento para llevarla a la práctica.

Ayudando, se acercarán más a Dios.

Ayudémosles a ayudar.

La empresa exige actitudes que unan y no dividan; que busquen y no ahuyenten;

que alienten y no retraigan;

que no arranquen, sino que siembren;

que no destruyan, sino que edifiquen.

Llamemos a todos los pueblos.

Cada uno tiene una vocación en la tierra.

Y si son leales, pongamos su lealtad al servicio de una causa invariable.

Si son enérgicos, renovemos su energía sin malgastarla.

Si son generosos, convirtamos su generosidad en entrega.

Si son impetuosos, dirijamos su ímpetu para superar etapas con prontitud.

Si son audaces, dirijamos su audacia hacia un propósito realizable.

Si son impacientes, aprovechemos su impaciencia orientándola hacia una meta final.

*

El cristianismo es amor.

Y el amor implica valentía en el testimonio;

pureza en el consejo;

disposición de servir; voluntad de colaborar;

capacidad para el diálogo;

aptitud para la alegría.

El amor es dinámico.

Siempre avanza y siempre se renueva.

Donde hay amor hay grandeza.

Y también dificultades que el mismo amor supera.

«La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la 'luz» (Rom. 13, 12).

LA GRAN EMPRESA

Entremos por los caminos del mundo sin que nunca nos falte la confianza.

Esta es necesaria

«para afirmarse, si se trata de la juventud; para trabajar, si se trata de los que se encuentran cansados; para perseverar, si se trata de los tentados; para elevarse a Dios, en el caso de los que sufren Y padecen. La confianza es sostén, estímulo, serenidad en nuestra peregrinación por la tierra» (Pablo VI).

Confianza en Dios.

Y por El, y con El, y en El, confianza en sus creaturas.

Confianza en las grandes realizaciones de la humanidad.

Confianza en el mundo de hoy.

Si esto es un riesgo, tenemos que correrlo. No hay otro recurso.

Confianza en los jóvenes, aunque puedan tildarnos de ingenuos.

*

Por desviadas que se encuentren las tendencias de la juventud, cualesquiera que sean sus distracciones mentales, aunque esté cansada y el desconcierto sea dueño de su ánimo, ella siempre admirará al héroe que vence y deseará hacer cosas grandes si a su lado escucha a un santo que llama.

«La hora: presente es de los jóvenes; nunca quizá, como en este período de la historia y de la vida social, da juventud ha tenido una misión más decisiva que cumplir» (Pablo VI).

Lo que caracteriza a los jóvenes es el deseo de conquistar el futuro.

Es joven todo el que intenta transformar el mundo.

Todo el que, a medida que envejece, contribuye a que el mundo sea más joven.

Todo el que tiene esperanza.

Por tanto,

«la juventud o la vejez no se mide por el número de años» (Sab. 4, 8).

El verdadero cristiano siempre es un hombre joven.

Porque siempre mira hacia adelante.

El cristiano está ligado por la fe a un hecho sucedido en el pasado: la resurrección de Cristo.

Vive en la historia para transformarla con la caridad en cada momento del presente.

Y se proyecta, fortificado en la esperanza, hacia un futuro glorioso al retorno del Señor.

Por la fe, con la caridad y en la esperanza, el cristiano vive del pasado, en el presente y para el porvenir.

*

Inflamemos nuestros corazones para iluminar la tierra.
No podemos quedarnos a mitad de camino.
No tenemos derecho a la mediocridad.

«En esta época no está permitido ser mediocres» (Pío XI).

Rechacemos la ley del mínimo esfuerzo.
Y las prácticas utilitarias.
Y la tendencia a lo más fácil.

No hay que temerle a las obligaciones que trae consigo la grandeza.

« ... tened en cuenta que la vida cristiana es difícil si es llevada con mediocridad, y que es mucho más ardua si es mal llevada, y supone un gran peso si en ella no brilla la perfección que hay que conquistar. Pero el que se entrega... y trata de penetrar en el espíritu de la vocación cristiana, no sólo la encuentra llevadera, sino providencial y fortificante» (Pablo VI).

No limitemos nuestras aspiraciones. Aspiremos a lo más a que se puede aspirar.

Y no le pongamos vallas a la acción: si ante la vista no se abren amplias perspectivas, hay que crearlas.

Luchemos en contra de la pusilanimidad y la timidez.

Así termina la misa: «Podéis ir en paz»... A conquistar el mundo.

Impregnemos nuestro ser de un ideal de conquista.
Más alto y más lejos.

«Siempre más y mejor» (Pío XI).

El ánimo en tensión hacia las cosas grandes, con el convencimiento de que puedan ser realizadas y de que nosotros las podemos realizar.

Los grandes pensamientos.

Las grandes aspiraciones.

Las grandes esperanzas.

Vamos a ofrecerle a Dios, no un mundo ajeno, sino un mundo en el que hayamos puesto de nuestra parte.

Vamos a ofrecerle la civilización y el progreso, como fruto de nuestro esfuerzo.

Vamos a ofrecerle la vida. Pero no una vida menguada y triste, sino una vida inflamada en alegre plenitud.

Tengamos

«la certeza de que con frecuencia se da con mejor voluntad todo que una parte, y más fácilmente mucho que poco» (Pío XII).

El hombre busca una causa trascendente al propio ser, por encima de lo personal, superior a sí mismo.

En la intimidad de la conciencia desea una causa noble que justifique la entrega de las energías depositadas en su espíritu.

Sin miedo, proponemos las más altas metas.

Muchos permanecen en una infecunda medianía, porque no han encontrado frente a sí la pasión de un ideal.

«Hay en la Iglesia un soplo del Espíritu Santo que llama al heroísmo, a la entrega completa» (Pío XII).

*

Ninguno puede conformarse con ser espectador en un grandioso drama, cuando puede ser de los protagonistas.

Es el momento de las grandes realizaciones.

Este tiempo es digno de ser vivido.

Una gran empresa nos aguarda.

Pongamos fe, entusiasmo y entrega en una obra de transformación universal.

Soñemos en la realidad que vamos a lograr.

Podemos hacer un mundo nuevo.

Debemos hacer un mundo nuevo.

Lo que se requiere es que queramos hacerlo.

*

En la vida hay que comprometerse.

Sobre todo ahora, cuando se lucha por el mundo de hoy y de mañana.

No se puede esperar.

El momento actual es decisivo.

A la humanidad le ha llegado la hora de escoger.

La suerte del mundo está en nuestras manos.

Este será lo que nosotros queramos que sea.

La meta es extraordinaria y, a la vez, clara y sencilla.

«Dios o nada, debe ser la alternativa de nuestra época»
(Folliet).

*

No nos amilanemos ante la magnitud de la tarea.

En su madurez, nuestro tiempo se adentra en una fecunda turbulencia.

Despleguemos nuestras banderas. El viento sopla fuerte y las mantendrá en alto.

« ¿Podemos invitaros a vivir con el máximo empeño la primavera que Dios está dando al mundo, que está dando a la Iglesia? ... La primavera es tiempo de renovación, tiempo de confiada expectación, tiempo de esperanza... Mirad, queridos hijos: todo en el mundo es resurgimiento... circula una voz de redención por el mundo, ¿queréis escucharla, queréis hacerla vuestra? Haced vuestra Nuestra esperanza y decid a todos que estarnos en una primavera de la historia... » (Pío XII).

Después de la Revolución francesa y de la Revolución rusa, se acerca la única Revolución de la Edad Contemporánea.

Ha llegado la hora del cristianismo.

El porvenir es nuestro.

*

Constituyamos en todo el mundo una nueva generación.

No importa la edad, pero sí el espíritu de servicio.

No importa la posición social, pero sí la fuerza de voluntad.

No importa la ocupación diaria, pero sí el sentido de la finalidad histórica.

Una nueva generación de hombres fuertes
Y limpios de corazón, sin temores y sin odios.

Hombres que no se resignen a marchitarse narcotizados en una «comfortable mediocridad».

Hombres que no actúen por lo que se les pueda ofrecer., sino por lo que se les pueda pedir.

Que prefieran ser útiles a ser importantes.

Que no les interese brillar, pero que busquen ser luz que ilumine.

Hombres dispuestos a poseer:

sentido real de las cosas y propósito en la búsqueda de la verdad;

paz en el espíritu y convicción en la fe;

coraje en el impulso y valor en la decisión;

afán de conquista y voluntad de construir.

Hombres que a la vez que vivan con rectitud combatan con denuedo.

Hombres impregnados de un sano y alegre optimismo, donde no prenda la duda ni crezca el desaliento.

Hombres que puedan renunciar a la seguridad y estén dispuestos al sacrificio.

Hombres que aprecien las dificultades y amen el riesgo.

Hombres que tengan confianza en Dios.

Y en sí mismos

Y en sus pueblos

Y en su tiempo.